

Eridan

Suplemento nº 3 de Alfa Eridiani



Camino de mil infinitos

NOVELA

José Carlos Canaleta



ISSN: 1696-6538

CAMINO DE MIL INFINITOS

José Carlos Canalda Cámara

Editor: José Joaquín Ramos de Francisco.

Co-editor: Sergio Bayona Pérez.

Ilustrador: Guillermo Romano.

Aviso Legal Importante:

Los contenidos del presente suplemento, sea cual sea su naturaleza, conservan todos los derechos asociados al © de su autor. El autor, único propietario de su obra, cede únicamente el derecho a publicarla en *ERÍDANO*. No obstante, los derechos sobre el conjunto de *ERÍDANO* y su logo son © del equipo editorial.

Queda terminantemente prohibida la venta o manipulación de este número de *ERÍDANO*.

No obstante se autoriza a copiar y redistribuir este suplemento siempre y cuando se haga de forma íntegra y sin alterar su contenido. Cualquier marca registrada comercialmente que se cite se hace en el contexto de la obra escrita que la incluya sin pretender atentar contra los derechos de propiedad de su legítimo propietario.

ERÍDANO

SUPLEMENTO DE ALFA ERIDIANI

Nº 3



PRÓLOGO

Estimados amigos:
En una fecha tan señalada hemos querido regalaros un nuevo Eridano, *Camino de mil infinitos* de José Carlos Canalda, una excelente novela.

Meditando sobre ella, dudo de si encuadrarla dentro de la space opera o no. El lector encontrará aventura pero no las aventuras desaforadas que se acostumbra a leer en este tipo de obras. También es una novela primer encuentro, ya saben, relata el primer encuentro con una raza alienígena. También es una novela especulativa, reflexiona sobre la estructura de nuestro universo. En este aspecto se le nota a José Carlos la pasión que profesa por la astronomía, estoy plenamente convencido de que, detrás de esta novela, hay un proceso de documentación muy intenso.

Confío en que disfruten de los méritos de la novela.

José Joaquín Ramos de Fco.

ERÍDANO

SUPLEMENTO DE ALFA ERIDIANI

Nº 3



Hay un universo mágico en el que todo, hasta lo imposible, puede ser realidad. Son los dominios del infinito, inabordable concepto que no tiene principio y que tampoco tiene fin, pero que sin embargo existe.

A llá afuera las estrellas, siempre inmutables, continuaban brillando. A pesar del tiempo transcurrido desde que comenzara el viaje, Víctor Duarte no acababa de acostumbrarse totalmente al nuevo marco en que se hallaba. Como científico no ignoraba que sus ojos eran capaces de percibir tan sólo una mínima parte de las radiaciones emitidas por los distintos astros que poblaban el vasto cosmos; pero como criatura humana arrancada del familiar mundo en que había nacido, se sentía brutalmente aplastado por la magnificencia del grandioso espectáculo abierto ante él.

Contemplaba, absorto, las imaginarias líneas que conformaban las distintas constelaciones mientras su mente reflexionaba sobre el gigantesco salto dado por la humanidad en el breve intervalo de las dos últimas generaciones: de aquellos rudimentarios vuelos a la Luna, incipientes balbuceos del afán del hombre por dominar el espacio, se había pasado casi sin solución de continuidad a la exploración sistemática del vacío interestelar y al establecimiento de colonias en planetas de lejanos soles.

La misma astronave en la que Víctor viajaba, la orgullosa *Ras Algethi*, era una muestra palpable de los milagros alcanzados por la nueva tecnología desarrollada a partir del descubrimiento más trascendental de la historia de la ciencia, aquella gran teoría cósmica que en vano persiguiera Albert Einstein: la teoría del campo unificado, como él la denominara, o teoría de la supergravedad como gustaban llamarla los físicos, había sido por fin domeñada, registrada en ecuaciones matemáticas y por fin comprendida.

Los científicos tenían ahora en sus manos una poderosa herramienta para estudiar la totalidad de los procesos existentes en el universo: la fuerza de la gravedad, el electromagnetismo y los distintos tipos de fuerzas interatómicas, hasta entonces considerados como magnitudes físicas aisladas, se revelaban ahora como distintas manifestaciones de un mismo fenómeno, el único existente en un universo de aplastante y majestuosa sencillez.

Si grande había sido la conmoción que sacudiera al mundo científico, no lo fue menos la influencia ejercida sobre la vida del planeta por la aplicación práctica de tan trascendental descubrimiento, únicamente comparable a una nueva revolución industrial de incalculables y en su mayor parte inexplora-

ERÍDANO

SUPLEMENTO DE ALFA ERIDIANI

Nº 3



das consecuencias. Fenómenos tales como la fusión nuclear controlada o la creación de campos gravitatorios artificiales eran tan sólo algunos de los distintos usos de los nuevos conocimientos.

No menos espectacular había resultado a partir de entonces la conquista del espacio. Muy lejos de la concepción decimonónica de un universo estéril y vacío, la realidad lo había mostrado rebosante de actividad. Materia y energía se hermanaban y entrecruzaban de mil formas distintas creando una tupida red que cubría hasta el último rincón del cosmos trazando rutas que, como puentes tendidos al infinito, abrían para el hombre las puertas de las estrellas.

Esta nueva generación de astronaves utilizaba como energía motriz una aplicación práctica de la teoría de la supergravedad aprovechando en sus largos viajes los inmensos campos magnéticos y gravitatorios que enlazaban los distintos astros, soslayando así elegantemente todas las limitaciones inherentes a la teoría de la relatividad sin verse obligadas a realizar los trayectos en períodos de tiempo inconmensurablemente largos. La razón era sencilla y al mismo tiempo tan sólo parcialmente comprensible: en el universo no siempre era la línea recta el camino más corto entre dos puntos. De hecho, las naves interestelares seguían en sus viajes rutas no euclídeas que resultaban ser, contra toda evidencia, los trayectos más cortos entre la Tierra y sus colonias.

—Hermosa vista —exclamó una voz a sus espaldas.

Víctor se dio la vuelta encontrándose frente al ancho y sonriente rostro de Carl Smith, el sobrecargo.

—¿Quién...? ¡Ah, es usted!

—Veo que le gusta observar el espacio. ¿Por qué no prueba con el visor infrarrojo? —comentó Smith manipulando los mandos del telescopio—. La constelación de Orión presenta un magnífico aspecto en longitudes de onda superiores al visible.

Víctor asintió mudamente mientras contemplaba absorto cómo la pantalla se cubría de puntos con distintas tonalidades rojizas. Conocía la agresividad verbal del locuaz oficial, y no deseaba entablar con él una conversación. No obstante, tampoco era su intención mostrarse insociable.

—Envidio su profesión —respondió al fin—. Es un espectáculo realmente subyugador.

ERÍDANO

SUPLEMENTO DE ALFA ERIDIANI

Nº 3



—No lo crea, todo es acostumbrarse. Al cabo de un tiempo la rutina acaba ahogando a la poesía.

El sobrecargo se hallaba radiante. Consideraba un deber intimar con la totalidad de los pasajeros, y por fin había conseguido romper el hielo con el único que hasta entonces se le mostrara esquivo. Habiéndolo constatado, Víctor decidió allanarle el camino.

—¿Quiere usted decir con eso que viajar de la Tierra a Tau Ceti es tan rutinario como hacerlo en el trasbordador lunar?

—¡Oh, no! Afortunadamente los viajes interestelares no han perdido aún todos sus alicientes. Tenga en cuenta que las líneas magnéticas que utilizamos como guía sufren constantes fluctuaciones, a veces bastante importantes, por lo que nunca podemos utilizar rutas fijas.

—Pero existe un servicio regular entre la Tierra y Tau Ceti, ¿no es cierto?

—Efectivamente. La Agencia Espacial mantiene en ruta cuatro astronaves. La *Ras Algethi* es una de ellas.

—¿Y el resto?

—Más adelante nos cruzaremos con la *Alferatz*, que retorna a la Tierra. Una tercera nave, la *Fomalhaut*, aguarda nuestra llegada a la colonia para partir. Está establecido que siempre haya allí al menos una astronave en previsión de posibles emergencias.

—Falta la cuarta.

—Así es. Se trata de la *Mira Ceti*, que permanece como reserva en la Base Lunar. Su misión consiste en cubrir una posible baja de cualquiera de sus tres gemelas.

—Son extraños los nombres con los que han sido bautizadas.

—Se trata de los nombres de cuatro estrellas; como puede comprobar, nada más apropiado en nuestro caso —sonrió—. Concretamente, la *Ras Algethi* toma su denominación de la estrella alfa de la constelación de Hércules.

—Interesante. Por cierto, ¿todas son propiedad de la Agencia Espacial?

—Así es. Todo el sistema de Tau Ceti está bajo la jurisdicción de las Naciones Unidas; es la mejor manera de evitar disputas. ¿No es cierto?

ERÍDANO

SUPLEMENTO DE ALFA ERIDIANI

Nº 3



—Le confieso que esa fue una de las razones que me movieron a enrollarme en el proyecto. Puede que sea un idealista, pero prefiero trabajar por la humanidad en lugar de hacerlo para cualquier gobierno.

—¿Es usted científico?

—Geólogo. Se han descubierto importantes yacimientos minerales allí, y no nos faltará trabajo. Por cierto, ¿conoce usted el planeta?

—¡Como no! Ya le he dicho que cada astronave ha de aguardar allí hasta la llegada de la siguiente. La frecuencia no es muy regular, y no es extraño que a veces haya que esperar durante meses. Tenemos tiempo de sobra para conocer el planeta.

—He oído decir que se han hecho grandes progresos.

—Bueno, depende de lo que se busque. Para un hombre de mundo supongo que debe de ser un lugar bastante aburrido; aún no se ha abierto a la colonización y únicamente hay allí bases científicas. Es un planeta sumamente rico y se tardará mucho tiempo en evaluar totalmente sus recursos.

—No es de extrañar, si juzgamos por lo transportado en este viaje.

—En efecto. Llevamos las bodegas repletas de instrumentos científicos de toda índole, desde buretas hasta espectrómetros de masas. Un buen cargamento.

—Y además los pasajeros.

—Por supuesto. ¿No los conoce usted? —preguntó maliciosamente el sobrecargo—. No es de extrañar. En este viaje hay muy pocos científicos, creo que son en total unos seis o siete. La mayoría son funcionarios de la administración que acuden a relevar a sus compañeros.

—¿Acaso no hay puestos de trabajo fijos?

—Sí, si así lo desean. Es más, cobran un sueldo magnífico. Pero ellos no son como ustedes los científicos, o como nosotros los astronautas. Para ellos su trabajo es rutinario, exactamente igual al que podrían realizar en cualquier oficina de la Tierra. Eso hace que su vida allí sea bastante monótona, ya que carecen de los alicientes que poseen los investigadores. Quizá la cosa cambie cuando el planeta sea abierto a la colonización, pero no ahora. Por este motivo la única solución son los turnos rotatorios, que casi nadie prorroga.

ERÍDANO

SUPLEMENTO DE ALFA ERIDIANI

Nº 3



Iba Víctor a responder cuando el cercano altavoz dejó oír un suave sonido modulado interrumpiendo momentáneamente su conversación. Aunque él lo ignoraba, cada miembro de la tripulación tenía asignada una melodía específica que era utilizada como código de identificación dentro de la astronave.

—Discúlpeme, me reclaman en el puesto de mando —se excusó Smith—. Confío que podamos continuar la conversación en otro momento.

Pensando justamente lo contrario Víctor contempló distraído cómo el sobrecargo abandonaba la sala de observación, y lanzando un suspiro de satisfacción volvió a abandonarse a la observación del firmamento.

No podría calcular el tiempo que permaneció así; únicamente recordaba que fue de nuevo un zumbido lo que llamó su atención. Acto seguido era la voz del capitán de la nave la que brotaba del altavoz.

—Se ruega a los señores pasajeros que tengan la amabilidad de reunirse en la sala de conferencias. Repetimos. Se ruega a...

Era muy extraña esta convocatoria, pensaba Víctor mientras se dirigía al lugar de la cita; no cabía duda de que esa era la razón por la que el sobrecargo había sido llamado. Sin duda le habrían encargado comunicar algo al pasaje, algo que debía de ser bastante importante a juzgar por las apariencias.

No se había equivocado; Carl Smith se hallaba en la sala esperando sin duda la llegada de la totalidad de los viajeros. Víctor había sido de los primeros en llegar, lo que le permitió acomodarse en primera fila. Dirigió un mudo saludo al oficial, el cual fue nerviosamente correspondido por éste; el jovial sobrecargo estaba desconocido, mostrando un taciturno semblante que no lograba, a pesar de sus evidentes esfuerzos, disimular del todo.

Poco a poco la sala se iba llenando de gente. Víctor pudo contar a la totalidad del pasaje, incluido él, junto con todos los miembros de la tripulación que no estaban de servicio en el puente de mando.

—Estamos todos —pensó para sí.

Lo mismo debió de opinar el sobrecargo, pues tras un corto recuento visual seguido de un protocolario *¿Falta alguien?* procedió a comunicar a los allí reunidos la razón de la convocatoria.

ERÍDANO

SUPLEMENTO DE ALFA ERIDIANI

Nº 3



—Señores pasajeros —comenzó—. Es deseo del capitán de esta nave comunicarles que debido a ciertas desviaciones sufridas con respecto a nuestra ruta prevista, se hace necesaria una corrección del rumbo. Todo está bajo control pero quizá sean necesarias unas maniobras algo bruscas, por lo que les recomendamos que hasta nuevo aviso se abstengan de abandonar sus respectivos camarotes. Eso es todo.

—¡Un momento! —exclamó una voz a espaldas de Víctor— ¿Puedo hacerle una pregunta?

—¡Cómo no! —respondió el astronauta forzando una sonrisa—. Si está en mi mano respondérsela...

—Quisiera saber cuales son los motivos de estas maniobras.

—Ya se lo he dicho. Hemos sufrido una desviación en el rumbo que es preciso rectificar.

—Esa explicación no es convincente —insistió el desconocido—. Normalmente no se nos advierte de los detalles técnicos del viaje. ¿Hemos de entender que nos encontramos frente una eventualidad que se sale de lo común? ¿Acaso corre peligro nuestra integridad física?

Carl Smith sudaba dentro de su blanco uniforme. Quizá por primera vez en el viaje, comprobaba cómo las riendas se le escapaban de las manos. Por otro lado su visible azoramiento no hacía sino fomentar las sospechas entre los pasajeros de que algo fuera de lo normal, quizá incluso peligroso, estaba sucediendo en la nave.

—Yo... Ha habido algunos problemas, pero ya está todo subsanado. Les aseguro que no tienen nada que temer.

—¡Queremos hablar con el capitán! —exigió alguien— ¡Tenemos derecho a ser informados!

Todo parecía indicar que esa debía de ser la opinión mayoritaria de los compañeros de viaje de Víctor, a juzgar por la algarabía con que fue acogida la dubitativa afirmación. Por otro lado el sobrecargo había perdido completamente los papeles, y sólo la presencia del capitán parecía ser capaz de acallar las protestas.

Éste no se hizo esperar, demostrando así la poca confianza que debía de inspirarle su subordinado. En contraste con éste su semblante se mostraba

ERÍDANO

SUPLEMENTO DE ALFA ERIDIANI

Nº 3



sereno. Reclamó silencio, lo que consiguió no sin esfuerzos, y una vez conseguido su objetivo habló lenta y pausadamente.

—Señores pasajeros. En mi nombre y en el de toda la tripulación les ruego que disculpen las molestias que por causas ajenas a nuestra voluntad puedan experimentar de aquí en adelante. Tengan por seguro que haremos todo cuanto esté en nuestras manos para evitarles cualquier trastorno.

—¿En qué consisten las dificultades? —Esta vez era Víctor quien preguntaba.

—Supongo que todos ustedes conocen la fuente energética usada por la *Ras Algethi* —respondió—; las líneas magnéticas que cruzan el universo no son estacionarias, sino que fluctúan con el tiempo. Esto es lo que ocurre; hemos penetrado en una región del espacio que sufre temporalmente unas perturbaciones gravitatorias. Si me permiten un símil, diría que es el equivalente a la mar picada.

—¿Pueden ustedes garantizarnos que el viaje no sufrirá interrupciones? —volvió a interrogar el anterior pasajero.

—Me resulta muy difícil responder directamente a su pregunta. No, no se asuste —atajó el capitán—; no quiero decir con esto que la situación esté fuera de nuestro control. Puedo asegurarle, asegurarles a todos ustedes, que no existen razones para pensar en nada alarmante. Existen algunas pequeñas dificultades, eso es cierto, pero caen dentro de lo que pudiéramos llamar circunstancias normales de la navegación interestelar. No hay motivos para preocuparse por ello, pero es conveniente que se recluyan en sus camarotes hasta que estas dificultades sean subsanadas. Eso es todo, señores.

Lentamente la sala se fue quedando vacía. Conformes o no, los pasajeros no tenían otra opción que la de acatar las órdenes recibidas; porque eran eso, órdenes, por mucho que fueran camufladas de recomendaciones o al menos así lo entendió Víctor, que no había quedado excesivamente convencido con las explicaciones recibidas. Era conocido por todos el hecho de que la nave poseía su propio campo gravitatorio interno completamente independiente del resto de los mecanismos de propulsión; no se explicaba pues el obligatorio confinamiento de los viajeros... A no ser, claro está, que se previeran posibles dificultades.

Repentinamente su camarote quedó sumido en la oscuridad al fallar el sistema de iluminación, aunque algunos instantes después eran conectadas las luces de emergencia bañándose el recinto con una suave luz escarlata. Algo no marchaba bien y Víctor quería saber qué era lo que pasaba, por lo

ERÍDANO

SUPLEMENTO DE ALFA ERIDIANI

Nº 3



que presionó nerviosamente el mando del intercomunicador sin obtener respuesta. Intranquilo se dirigió hacia la puerta sin conseguir abrirla; al parecer había sido bloqueada desde el puente de mando.

La conclusión era obvia: se hallaba retenido en contra de su voluntad. Ignoraba las causas que podían haber inducido al capitán a obrar tan irregularmente, pero intuía que debía de tratarse de algo realmente grave. Pero a pesar de todo, le irritaba pensar que había sido engañado de una forma tan humillante.

Un nuevo acontecimiento vino a confirmar las sospechas de Víctor, al comenzar a parpadear las luces de emergencia que eran ahora la única fuente luminosa. La gravedad artificial podía desaparecer de un momento a otro, por lo que urgía tenderse en el lecho antes de que esto ocurriera sujetándose con las correas previstas para casos de emergencia.

Así lo hizo Víctor al tiempo que notaba una desagradable sensación en el estómago producida por el súbito paso a gravedad cero. Poco después comprobaría que la astronave estaba sometida a una fuerte aceleración tangencial tal como si algo o alguien intentara retenerla e incluso hacerla retroceder.

Atado a la cama se sentía impotente, mudo espectador de la titánica lucha desarrollada entre la astronave y aquella fuerza desconocida que pugnaba por arrastrar a la *Ras Algethi* a su seno. Ahora comprendía la razón de los fallos del alumbrado y de la gravedad artificial; estaba claro que la astronave precisaba hasta el último ergio posible de energía en su lucha por escapar de la trampa en la que había caído, y en la cual no parecía llevar la mejor parte.

Conforme pasaba el tiempo se hacía cada vez más evidente que la *Ras Algethi* tenía la partida perdida. A pesar de todos sus esfuerzos la astronave era irremisiblemente arrastrada, y así lo sentía Víctor brutalmente aplastado por la inercia.

El fin se aproximaba. En un postrer y vano esfuerzo por evitar la catástrofe fueron apagadas las luces de emergencia sin que tal acto sirviera más que para retrasar en unos escasos segundos la meteórica caída, cada vez más veloz, hacia el desconocido origen de la mortífera fuerza. Próxima ya a su incierta meta, la astronave comenzó a girar como una peonza mientras describía una espiral cada vez más cerrada.

ERÍDANO

SUPLEMENTO DE ALFA ERIDIANI

Nº 3



Víctima de ambas aceleraciones e incapaz de mover un solo músculo, Víctor se hallaba al límite de su resistencia. “*Es el fin*”. Fue su último pensamiento antes de sumirse en la inconsciencia.

* * *

Víctor despertó tan bruscamente como antes hubiera perdido el conocimiento. A pesar de todos sus esfuerzos se sentía incapaz por completo de comprender aquello que le había sucedido. Sus sentidos le suministraban un torrente de extrañas sensaciones que su mente se negaba a analizar; carecía por lo tanto de parámetros válidos que le permitieran definir su actual y lamentable estado.

Poco a poco todo su ser volvía a la normalidad disipándose con lentitud aquella extraña sensación de no ser que hasta entonces le había invadido por completo. Nunca podría definir con palabras tal estado; parecía como si su cuerpo se diluyera, incapaces las fuerzas de cohesión de retener unidas las partículas subatómicas que lo formaban.

Una vez disipadas las últimas brumas que velaran su mente, Víctor abrió por fin los ojos. Aparentemente todo seguía igual; su cuerpo, atado al lecho por las correas que él mismo se aplicara, seguía bañado por la suave luz roja emitida por la iluminación de emergencia. Soltando un brazo lo dejó caer libremente obteniendo un resultado que le desconcertó: si bien la gravedad artificial había sido restablecida, su intensidad parecía ser bastante inferior a la magnitud habitual.

Rápidamente se liberó de las ataduras comprobando con desagrado que su cuerpo pesaba tan sólo la mitad de lo normal; esto resultaba molesto para alguien que como Víctor carecía de entrenamiento para desplazarse en campos gravitatorios distintos del terrestre. Reprimiendo su primer impulso, se alejó del intercomunicador dirigiéndose con torpes pasos hacia la puerta del camarote.

Esta vez sí se abrió, franqueándole el paso al desierto pasillo iluminado por la sempiterna luz escarlata. No todo había vuelto a la normalidad, se dijo mientras se dirigía con lentos y vacilantes pasos hacia la zona de proa, lugar en el que estaba situado todo lo concerniente al gobierno de la gran nave.

Afortunadamente su camarote estaba situado casi a proa, lo que le facilitó el para él penoso recorrido. Resultaba extraño que no se cruzara con nadie en todo el trayecto; seguramente, sus compañeros de viaje debían de hallarse todos reunidos en la zona reservada para el pasaje, a popa de la nave.

ERÍDANO

SUPLEMENTO DE ALFA ERIDIANI

Nº 3



Casi arrastrándose alcanzó por fin la puerta que abría paso a la zona restringida, como oportunamente advertía el cartel colocado en ella; a la sazón se hallaba entreabierta. Víctor no dudó en traspasarla; intuía que la situación en la que se hallaban desbordaba todo lo previsto en el reglamento.

Inmediatamente se arrepintió de ello no por haber sido recriminado, sino por todo lo contrario, el amplio puente de mando bullía de actividad sin que nadie pareciera reparar en su presencia. La tripulación en pleno, aparentemente olvidados sus miembros de todo esbozo de disciplina, discutía acaloradamente formando pequeños grupos; más allá un equipo de mantenimiento hurgaba en el interior de varios paneles presumiblemente dañados.

Comprendiendo que nada en claro iba a obtener en aquella babel, decidió retirarse a popa. Iba ya a franquear el umbral cuando oyó una voz que le llamaba por su nombre. Retrocedió entonces entre preocupado y sorprendido, reparando por vez primera en la presencia del capitán acompañado por el sempiterno sobrecargo.

—El oficial Smith me ha informado de que usted es un científico. ¿Estoy en lo cierto? —le preguntó nada más llegar a su lado, traicionando su voz el hermetismo de su rostro.

—Soy geólogo —puntualizó Víctor—. ¿Me necesita para algo?

—Se lo ruego. Deseo reunirme con todos los científicos que viajan en la nave en cuanto pueda abandonar el puente. Mientras tanto, le ruego que ayude al sobrecargo a localizar al resto de sus compañeros. Y sobre todo, le ruego que sea discreto con los demás pasajeros.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Víctor al sobrecargo una vez que hubieron abandonado el puente.

—Tengo órdenes estrictas de no decir nada. Lo siento, ya será informado por el capitán —fue la respuesta del ahora taciturno oficial, al cual fue incapaz Víctor de arrancarle otras palabras distintas de monosílabos.

En popa reinaba un caos total. La mayoría del pasaje se hallaba reunida allí, diseminados por toda la zona que la tripulación denominaba social. Por alguna razón que Víctor ignoraba nadie aparte de él había optado por visitar la zona de proa, que era donde se hallaba la práctica totalidad de la tripulación. A primera vista un rasgo común agrupaba a la mayoría de los allí presentes: un gran nerviosismo rayano en algunos casos con la histeria afloraba en el caldeado ambiente. Muy difícil se le presentaba al sobrecargo la tarea de calmar los ánimos.

ERÍDANO

SUPLEMENTO DE ALFA ERIDIANI

Nº 3



Sin embargo, no le resultó muy difícil al competente oficial controlar la situación pasados los primeros momentos de desconcierto. La astronave, afirmó éste, había sido víctima de una situación imprevista al introducirse en una región del espacio en la que los campos energéticos sufrían una potente aunque localizada distorsión. Se había conseguido abandonar con éxito tan peligrosa zona y actualmente se hallaban navegando por el espacio libre, si bien la nave había sufrido algunas averías de escasa importancia que ya estaban siendo reparadas. ¿El capitán? Se reuniría con ellos tan pronto como pudiera abandonar el puente. Ahora debían tener paciencia y aguardar en sus camarotes hasta que la normalidad se hubiera restablecido por completo. No, no serían encerrados de nuevo; tenían acceso libre a todas las dependencias de la nave con excepción de la zona restringida, pero la iluminación normal y la gravedad uno tardarían aún unas horas en ser restablecidas de nuevo.

El resto fue sencillo. Una vez que todos los pasajeros más o menos a regañadientes hubieron acatado las órdenes, el sobrecargo procedió a llamar, uno por uno, a los seis científicos que junto con Víctor viajaban en la *Ras Algethi*. Era llamativo constatar el gran cuidado que mostraba Smith en evitar que el resto del pasaje conociera la convocatoria; resultaba evidente que había mentido, o al menos había ocultado parte de la verdad. Algo anormal ocurría, algo que el oficial se mostraba totalmente reacio a comunicarles reservando sin duda esta labor a su superior.

La reunión tuvo lugar unos minutos después en la sala de oficiales. Sentados en torno a la mesa aguardaban impacientes todos los miembros de la tripulación bajo cuya responsabilidad estaba el manejo de la *Ras Algethi*.

—Les ruego que me disculpen —les dijo el capitán una vez que se hubieron acomodado en las sillas vacantes—. Nos encontramos ante una situación que desborda por completo nuestra capacidad; por eso les hemos llamado —concluyó.

—¿Qué es lo que desean de nosotros? —preguntó uno de los recién llegados.

—Precisamos de su ayuda para resolver la situación en la que nos encontramos. Ustedes son científicos, y su colaboración será imprescindible para lograrlo.

—El sobrecargo dijo...

—El oficial Smith tenía órdenes estrictas de no alarmar innecesariamente al resto del pasaje —interrumpió el capitán—. Por otro lado, lo que les co-

ERÍDANO

SUPLEMENTO DE ALFA ERIDIANI

Nº 3



municó era totalmente cierto. Actualmente navegamos en el espacio libre y los sistemas de propulsión funcionan correctamente.

—¿Cuál es pues el problema?

—Sencillamente, no sabemos dónde estamos —respondió el navegante—. Aparentemente todo es normal, pero han desaparecido absolutamente todos nuestros puntos de referencia. Nos encontramos en una región del espacio que nos resulta desconocida por completo.

—¿Tanto nos hemos desviado de nuestra ruta? —preguntó alarmado un pasajero que Víctor identificó como Arthur Parrish, biólogo especializado en vida extraterrestre.

—Estamos desconcertados. No sólo no hemos podido identificar ninguna estrella cercana, lo que ya es preocupante, sino que también han desaparecido la totalidad de las galaxias que utilizábamos como fondo de referencia. El ordenador de a bordo ha sido totalmente incapaz de calcular, aun someramente, nuestra situación a partir de las nuevas constelaciones que ahora nos rodean —concluyó.

—Eso implica que nos hallamos muy lejos de nuestra ruta, quizá fuera de la Vía Láctea —apuntó Víctor.

—Quizá, no —puntualizó el capitán—. Con toda seguridad. Estemos donde estemos, lo cierto es que nos hallamos a millones de años luz de nuestra galaxia.

Un profundo silencio acogió a estas palabras. Todos los allí reunidos callaban, intentando calibrar la magnitud de la situación en la que se hallaban inmersos.

—No alcanzo a comprender cómo una perturbación magnética, por potente que sea, pueda habernos lanzado fuera de la galaxia como si fuéramos una piedra —comentó Parrish al fin rompiendo la larga pausa—. Que sufriéramos una desviación más o menos importante en nuestra ruta es comprensible, pero nunca de la magnitud que ustedes han afirmado. La astronave no está preparada para viajar de esa manera, esto es un hecho.

—También es un hecho que la nebulosa de Andrómeda y las Nubes de Magallanes se han esfumado —respondió irritado el navegante.

—Calma, caballeros —moderó el capitán—. Ambos tienen razón; nos hallamos ante una situación que cae completamente fuera de toda lógica. Ésta

ERÍDANO

SUPLEMENTO DE ALFA ERIDIANI

Nº 3



es la razón de que estemos aquí reunidos. En realidad —matizó dirigiéndose a Víctor y a sus compañeros—, la culpa es nuestra. Todavía no les hemos informado de las circunstancias del accidente. No sabemos con certeza lo que ocurrió puesto que todos los aparatos de control se volvieron locos poco antes de alcanzar la zona crítica, pero es innegable que nos vimos sometidos a la acción de unas fuerzas desconocidas fuera de toda escala frente a las cuales nuestros sistemas de propulsión nada pudieron hacer.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó alguien.

—Intentaré explicárselo, pero no soy un científico. Sería más fácil si entre ustedes hubiera algún físico.

Nadie respondió a su muda pregunta. Dadas las características peculiares de la colonia de Tau Ceti a la que se dirigían, ninguno de los allí presentes era un científico teórico; en realidad, allí sólo hacían falta investigadores en disciplinas experimentales, biólogos y químicos en su mayor parte.

—Bien —comentó resignado—. Lo haré lo mejor que pueda. Conocerán, supongo, la existencia de los agujeros negros.

—¿Qué tiene que ver eso con nuestro problema? —preguntó un pasajero que hasta entonces había permanecido callado.

—No nos atrevemos a asegurarlo, pero es la única conclusión válida a la que hemos conseguido llegar. Creemos que la *Ras Algethi* cayó en un agujero negro.

La oportuna conexión del alumbrado tuvo la virtud de calmar momentáneamente los ánimos. Víctor comprobó entonces con sorpresa que la gravedad artificial había recuperado de una manera paulatina su valor habitual. Todo parecía, pues, funcionar con normalidad; y sin embargo los miembros de la tripulación insistían en que habían sido tragados por un agujero negro... Completamente absurdo, pensó.

—Un momento —interrumpió el anterior interlocutor—. Todos sabemos que un agujero negro es algo que atrae absolutamente todo, y que ni la luz puede escapar de él. Aceptemos que caímos en un agujero negro; mi pregunta es: ¿cómo conseguimos escapar de él?

Tanto el capitán como el resto de la tripulación guardaron un momentáneo silencio. Era patente que su actual situación se resistía a todo intento de análisis, y que todos se hallaban impotentes para resolverlo.

ERÍDANO

SUPLEMENTO DE ALFA ERIDIANI

Nº 3



—Disculpen la interrupción, pero creo que están ustedes equivocados. Si se puede escapar de un agujero negro.

Al igual que sus compañeros Víctor se volvió para identificar al nuevo orador. Era éste un hombre de mediana edad completamente desconocido para él.

—¿En qué se basa usted para afirmar eso?

—Permítanme que me presente. Me llamo Jacques Sanders y no soy físico sino químico, pero me he interesado bastante por el tema. Ante todo, desearía hacerles una pregunta: ¿están ustedes seguros de que caímos en un agujero negro?

—No podemos afirmarlo con certeza, pero lo consideramos muy posible —titubeó el navegante—. Tenga usted en cuenta que aun hoy los agujeros negros son objetos hipotéticos. Se considera muy probable su existencia, pero hasta ahora no se ha descubierto ninguno.

—Tendrán algún motivo para suponerlo.

—En efecto. Nos apoyamos en la magnitud de la fuerza por la que nos vimos arrastrados. La *Ras Algethi* está preparada para eludir con facilidad el potente campo gravitatorio de una enana blanca, y sin embargo fue incapaz de neutralizar siquiera en parte a dicha fuerza. Si a esto añadimos el hecho de que nuestros detectores no registraron la menor emisión de luz o de cualquier otra radiación electromagnética por parte del foco que nos atraía, estimamos que la hipótesis del agujero negro es la única capaz de ajustarse a los hechos.

—Entonces constataron ustedes que el objeto productor de la perturbación no emitía ningún tipo de energía.

—Así fue. Si hubiera sido una enana blanca, o incluso un pulsar, hubiéramos detectado emisión de energía ya fuera luz visible o radiación de cualquier otro tipo; pero los aparatos permanecieron mudos antes de que fallaran definitivamente. Por otra parte —concluyó—, una simple perturbación de las líneas magnéticas o gravitatorias nunca produciría más que una ligera desviación del rumbo.

—Resulta evidente que su deducción es razonablemente válida —respondió Sanders—. Pero si la aceptamos, y no nos queda otro remedio que hacerlo así, incurrimos en una aparente contradicción; nosotros no deberíamos estar aquí.

ERÍDANO

SUPLEMENTO DE ALFA ERIDIANI

Nº 3



—Pero el hecho es que estamos.

—Por supuesto. Pero hay que tener en cuenta el fenómeno que los físicos llaman efecto túnel, que viene a ser la puerta trasera de la mecánica cuántica. Este concepto no tiene ningún paralelo en la mecánica clásica, por lo que resulta difícil de comprender. Ahora bien, es totalmente inherente a los postulados de la mecánica cuántica, y ni aun los agujeros negros pueden librarse de esta ley fundamental. A pesar de que el agujero negro atrapa hasta a la propia luz, en virtud de este fenómeno se ve obligado a emitir parte de la energía capturada. Esto no quiere decir, ni mucho menos, que devuelva todo lo que anteriormente entró en él; un agujero negro produce en su entorno una gran distorsión del espacio, por lo que no podemos predecir con exactitud su comportamiento. En esencia, podemos asegurar que se verá obligado a emitir cierta cantidad de materia o de energía, pero nunca sabremos cuando la emitirá o de que forma lo hará.

—Entonces estamos aquí gracias a una feliz casualidad —comentó Parrish.

—En principio, cabe pensarlo así. Un agujero negro puede emitir cualquier cosa, desde un hacha de piedra hasta una astronave... Aunque lo más probable es que desprenda simplemente radiación. Existe cierta probabilidad finita de que emita un objeto determinado, pero es una posibilidad tan ínfima que no merece la pena tenerla en cuenta; hay que buscar otra razón.

—En el momento de ser atraídos, ¿funcionaban las fuerzas de repulsión de la nave? —preguntó súbitamente Víctor.

—Los motores estaban a pleno rendimiento —respondió el hasta entonces silencioso piloto—. Hay que tener en cuenta que intentábamos por todos los medios liberarnos de la trampa en la que habíamos caído.

—Mi idea es que quizá resultamos demasiado duros de digerir para el agujero negro, que por ello nos expulsó. Ya no dependería exclusivamente de la casualidad.

—¿Es verosímil? —quiso saber Parrish.

—No puedo asegurarlo, pero nada parece impedirlo —respondió Sanders—. Realmente se sabe muy poco de ellos, y todo lo que podemos hacer es conjeturar.

—Tenemos otro problema —intervino Víctor—. Aun viajando a la velocidad de la luz, un agujero negro jamás podría habernos lanzado a millones de

ERÍDANO

SUPLEMENTO DE ALFA ERIDIANI

Nº 3



parsecs de distancia; no se pueden violar de forma tan escandalosa las leyes fundamentales de la física.

—Un momento —exclamó otro de los pasajeros, el fisiólogo Hans Lubdek—. No sabemos como se ve afectado el tiempo por la distorsión creada, y tampoco conocemos apenas las propiedades ondulatorias de los cuerpos macroscópicos. Pudimos permanecer miles de años en su interior.

—No lo creo —apuntó el navegante—; es más probable que hayamos atravesado un pliegue del universo. Todo campo gravitatorio produce una distorsión más o menos importante del espacio circundante, como antes dijo el doctor Sanders; en esto nos apoyamos para hacer más cortos los viajes interestelares. Una perturbación de esta magnitud podría explicar perfectamente lo que ha ocurrido.

—Se olvida usted del factor cuantitativo —insistió Víctor—. En nuestros trayectos atravesamos algunos años luz en el plazo de varios meses; aquí, por el contrario, hemos surcado una distancia millones de veces mayor en un lapso de tiempo presumiblemente muy corto.

—Tengo un amigo astrónomo que gusta denominar a los agujeros negros como la división por cero del universo —comentó de nuevo Sanders—. Según él, al igual que un cociente cuyo denominador es cero nos da un valor totalmente indeterminado, así el agujero negro alteraría de tal modo las leyes físicas que nunca podríamos obtener la menor deducción lógica de su comportamiento. Dicho de otra manera, jamás podríamos analizarlo, y mucho menos comprenderlo. De acuerdo con esto considero inútil seguir discutiendo sobre cómo hemos llegado hasta aquí; basta con aceptarlo y buscar la forma de volver a nuestro lugar de origen.

—¿Acaso conoce usted la manera de retornar a la ruta de Tau Ceti? —preguntó ansioso el capitán.

—Ojalá fuera así; me limito tan sólo a apuntar una posibilidad. Como dice el refrán, un clavo saca a otro clavo.

—¿Qué es lo que quiere decir usted con eso? —inquirió el intranquilo Lubdek.

—Está claro —respondió Víctor—. Si un agujero negro nos envió aquí, otro podría devolvernos al sitio de donde partimos. Es extraño que no se nos haya ocurrido antes.

ERÍDANO

SUPLEMENTO DE ALFA ERIDIANI

Nº 3



—También podría mandarnos todavía más lejos —replicó fúnebremente Parrish—; o lo que es peor, podría convertirnos en radiación gamma.

—Eso es cierto —contestó Sanders—. Antes de adoptar cualquier decisión habría que sopesar detenidamente todas las posibilidades.

—Para mí no existe otra alternativa viable. Viajando por nuestros propios medios no cubriríamos más que una ínfima parte del trayecto antes de morir de viejos; pienso que merece la pena correr el riesgo —concluyó Víctor.

—Aceptando que así lo hagamos, ¿podríamos encontrar un agujero negro con nuestros propios medios?

—En principio sí, ahora que sabemos con exactitud cual es el la naturaleza de las distorsiones que produce en los campos gravitatorios y electromagnéticos —respondió el piloto—. La *Ras Algethi* está equipada con detectores de extrema sensibilidad. Bastaría con programar convenientemente al ordenador, y eso no supone ningún problema. La única limitación estribaría en el poder de resolución de los aparatos; dependeríamos, en definitiva, de tener la suerte de que alguno de estos objetos cayera dentro de nuestra zona de detección.

—No es una perspectiva halagüeña —gruñó Parrish.

—No debemos estar demasiado lejos del agujero negro que nos tragó —intervino de nuevo Lubdek—. No sería difícil encontrarlo de nuevo.

—Lamento contradecirle, pero no existe el menor rastro de él en un volumen de varios parsecs cúbicos en torno a nuestra astronave. Si todavía está allí, se encuentra fuera por completo del radio de nuestros medios de detección.

—Pero tiene que estar —insistió—. No puede haberse evaporado.

—No necesariamente —replicó Sanders—. Lo más probable es que los agujeros negros provoquen contactos entre distintas zonas del universo de una manera intermitente y aleatoria. En este caso, sería inútil intentar localizarlo de nuevo; tendríamos que buscar otro —hizo una pausa y prosiguió— siempre y cuando nadie proponga otra solución mejor.

Ninguno de los allí reunidos respondió a su abierta interrogante. Comenzaba, pues, la operación búsqueda.

* * *

ERÍDANO

SUPLEMENTO DE ALFA ERIDIANI

Nº 3



No podía decirse que la vida a bordo de la *Ras Algethi* después del accidente se hubiera tornado agitada; muy al contrario, su incierto vagar por regiones desconocidas se había traducido en una insufrible monotonía que afectaba por igual a la totalidad de la expedición. Víctor Duarte tampoco escapaba a esta ley general mientras trataba de luchar por todos los medios a su alcance contra el tedio que poco a poco le invadía. Su antigua afición de escudriñar el universo se había tornado inútil a fuerza de observar una y otra vez las extrañas constelaciones que tachonaban el nuevo firmamento; reconocía con facilidad la totalidad de las caprichosas configuraciones estelares, pero la antigua y embriagadora sensación de contemplar un universo hasta entonces virgen se había disipado por completo.

Víctor intuía un sutil cambio en los nuevos astros, algo que los hacía parecer distintos de las familiares constelaciones visibles desde la Tierra. Las estrellas aparecían ahora más apagadas, con un brillo a la vez más duro y más mortecino. La belleza que hubieran podido poseer se difuminaba bruscamente, como si hubieran sido creadas para alumbrar a unos ojos no humanos, para dar cobijo a unas criaturas cuyas emociones fueran muy distintas de las de los hombres.

Quizá fuera tan sólo fruto de su imaginación, pensaba Víctor; podía deberse únicamente al temor innato que invade a todas las criaturas cuando se encuentran frente a unas sensaciones desconocidas. Quizá todo estribara en su deseo de retornar a lugares más familiares. Y sin embargo, no conseguía desprenderse de la sensación de hallarse inmerso en un lugar prohibido, en un universo concebido para no-humanos que se opusiera tenazmente a la entrada de criaturas ajenas a él.

Por otro lado, el pesimismo cundía entre los expedicionarios. El tiempo transcurría sin que los potentes detectores de la *Ras Algethi* lograran identificar un agujero negro; tan sólo el fondo inmutable de las lejanas estrellas servía de marco en el largo recorrido de la astronave. Esto en principio no constituía el menor problema dado que todas las modernas astronaves iban equipadas con regeneradores capaces de mantener indefinidamente un ciclo biológico cerrado; no se padecería, pues, una escasez de alimentos o de oxígeno por mucho que se prolongara el viaje. Los previsibles problemas eran de naturaleza muy distinta: tarde o temprano comenzarían a aparecer síntomas aislados de claustrofobia que podían degenerar con facilidad en un estado de histeria colectiva. La breve historia de la navegación espacial contaba ya con suficientes pruebas. Se había demostrado que en los largos viajes interestelares el principal enemigo del hombre era su propio subconsciente. Personas perfectamente preparadas y excepcionalmente equilibradas

ERÍDANO

SUPLEMENTO DE ALFA ERIDIANI

Nº 3



habían sido ciegamente arrastradas por sus instintos más atávicos sin que nada hubiera permitido preverlo ni por supuesto evitarlo.

Por el momento la situación de la *Ras Algethi* se hallaba aún muy lejos de poder ser considerada peligrosa. No obstante, los miembros de la tripulación no ocultaban su temor de que, de no alcanzar rápidamente una solución o al menos una variación substancial del entorno que permitiera aliviar la tensión reinante, el equilibrio mental de algunas personas podría llegar a verse seriamente dañado.

Aun cuando Víctor era en su calidad de científico nominalmente miembro del grupo de trabajo mixto que se había formado para gobernar la astronave, su posible labor como tal era muy reducida dados sus escasos conocimientos tanto de física como de astronáutica. A eso había conducido, pensaba con amargura, la brutal especialización impuesta por la sociedad de la que formaba parte; ya no eran posibles fenómenos como Leonardo Da Vinci, y si bien era cierto que el conjunto de la sociedad se beneficiaba del mayor patrimonio cultural contenido en su seno, los individuos aislados se veían privados de la posesión de unos conocimientos diversificados y de una cultura menos profunda, pero más amplia.

Esto no quería decir que se mantuviera al margen de la situación por la que atravesaban; a falta de otros incentivos su relación con el resto de sus compañeros se había intensificado. Canalizada su innata curiosidad por las actuales circunstancias en que se encontraban, había conseguido adquirir un nada desdeñable caudal de conocimientos. Eran frecuentes sus largas conversaciones, hasta el punto de ser considerado por sus compañeros como un infatigable interlocutor.

Se encontró con Patrick O'Hara en la sala de oficiales. Al igual que el ingeniero de navegación, su intención era tomar un vaso de café (en realidad algo parecido al café), único estimulante permitido en la astronave. Había pasado bastante tiempo desde que se vieran por última vez, y Víctor pudo comprobar con asombro unas patentes marcas de crispación en su rostro.

—¿Malas noticias? —indagó mientras manipulaba el suministrador automático.

—No le podría contestar con certeza. Todo funciona perfectamente, pero hay algo que no encaja en su sitio. Los aparatos han de fallar forzosamente, a pesar de que todas las revisiones dan como resultado un perfecto funcionamiento. Hemos probado con los tres sistemas independientes con que cuenta la astronave, el principal y los dos de reserva. No ha servido para nada.

ERÍDANO

SUPLEMENTO DE ALFA ERIDIANI

Nº 3



—¿En qué consiste el fallo? —preguntó Víctor entre sorbo y sorbo.

—Se trata de una pérdida de rendimiento. Como usted sabe, conseguimos energía a partir de reacciones termonucleares, es decir, de materia. Actualmente, y partiendo de una misma cantidad de masa, obtenemos tan sólo las nueve décimas partes de la energía que conseguíamos antes de ser capturados por el agujero negro. Si aceptamos como válidos los principios de conservación de las propiedades físicas, ese diez por ciento no puede haberse disipado. Tiene que estar en alguna parte, pero no hemos conseguido encontrarlo.

—¿Dice usted que ocurrió después del suceso del agujero negro?

—Más exactamente, habría que decir que no ocurrió con anterioridad —puntualizó O'Hara—. Acabábamos de efectuar la última revisión de rutina y todo estaba en orden.

—¿Qué utilizan como combustible?

—En principio sirve cualquier cosa. El convertidor transforma la materia en energía prácticamente en su totalidad sin que importe en absoluto su naturaleza. Ahora bien, normalmente no utilizamos nada del interior de la nave, puesto que todo ello se recicla. Excepto en casos de emergencia, nos limitamos a recoger las partículas de polvo o gas que siempre existen en el espacio. La astronave crea un campo de fuerza que actúa como un embudo recogiendo todo aquello que se pone a su alcance. Esta aportación exterior suele ser suficiente para nuestras necesidades energéticas.

—¿Estamos utilizando ahora como fuente energética materia de esta región?

—Sí, claro. ¡Un momento! ¿Acaso quiere decir que...?

—Celebro que me haya comprendido —respondió Víctor—. Nada perdemos con comprobarlo.

Poco después ambos se hallaban en los pisos inferiores de la *Ras Algethi*, auténtico corazón de la nave en la cual se hallaban concentrados prácticamente todos los sistemas que mantenían con vida al coloso. Su experimento no podía ser más trivial; se limitaba a sustituir en el convertidor de energía la materia exterior por un objeto procedente de la propia astronave.

—¡Es increíble! —exclamó O'Hara una vez llevada la prueba a la práctica.

ERÍDANO

SUPLEMENTO DE ALFA ERIDIANI

Nº 3



—He aquí el diez por ciento que nos faltaba —respondió satisfecho Víctor al tiempo que retiraba la mirada del cuadro indicador—. Hemos sacrificado un refrigerante, pero creo que ha merecido la pena.

—Pero... ¿qué puede tener de diferente la materia de esta zona en relación con la de la nave? —preguntó el perplejo O'Hara.

—Éste es el siguiente paso; averiguar el porqué. Quizá me equivoque, pero creo que sería conveniente efectuar mediciones de algunas constantes físicas. ¿Puede hacerlo?

—Por supuesto. Pero no comprendo a dónde quiere usted llegar.

—Le confieso que es una simple corazonada —sonrió Víctor—. Pero estimo interesante poder comprobar las magnitudes de la constante de Planck o de la velocidad de la luz. Podríamos encontrarnos con algunas sorpresas.

* * *

Por vez primera desde su creación se había reunido la práctica totalidad del consejo rector de la astronave a instancias de O'Hara y de Víctor: el capitán, el piloto, el navegante y Boris Karamzin, el médico de a bordo, por parte de la tripulación; Parrish, Sanders, Lubdek, el bioquímico Pierre Ducat, el también químico Gustav Nielsen, el zoólogo Kurt Kaulen y por último Alejandro Pereda como representante del resto de los pasajeros. Había expectación en todos los semblantes; por fin se vislumbraba una salida a la insoportable monotonía.

—¿Y bien? —preguntó Kaulen rompiendo el silencio.

Convertido junto con su compañero en el blanco de todas las miradas, Víctor apuró el contenido del vaso que tenía entre sus manos depositándolo sobre la mesa.

—Hemos descubierto la existencia de una anisotropía en el universo —respondió.

—¿Cómo ha dicho? —exclamó alarmado Sanders.

—Se trata de dos constantes universales, concretamente la velocidad de la luz y la constante de Planck; sus valores han resultado ser distintos de los medidos en la Tierra —respondió O'Hara.

—¿Están ustedes seguros de lo que dicen? —preguntó incrédulo Nielsen.

ERÍDANO

SUPLEMENTO DE ALFA ERIDIANI

Nº 3



—Nos resistíamos a creerlo, pero hemos tenido que rendirnos a la evidencia. Realizamos varias veces la prueba, sin que quepa el menor margen de error.

—No acabo de comprender la utilidad del descubrimiento —replicó Parrish.

—No se trata únicamente de una curiosidad científica —atajó Víctor—. Para empezar, ya contamos con una consecuencia perniciosa; hemos perdido cerca de un diez por ciento de rendimiento energético. Si bien no se trata de algo grave, al menos resulta ser preocupante.

—¿Y se dan cuenta ahora? —intervino Pereda—. Llevamos semanas en esta situación.

—Pero tan sólo hace cien horas que se agotaron las reservas energéticas almacenadas en el convertidor —respondió O'Hara—. Sólo desde entonces utilizamos como combustible la materia exterior de este espacio. Justo desde entonces es cuando comenzamos a notar las pérdidas energéticas.

—¿Qué tienen que ver con esto las magnitudes físicas? Son constantes en cualquier lugar del universo —comentó Lubdek.

—He aquí nuestro error. Ha variado su valor absoluto, y esto ha hecho necesario corregir todos nuestros cálculos.

—¡Pero eso no es posible! —exclamó Ducat.

—Lo es. Hay que rendirse a la evidencia —atajó O'Hara—. Tanto la velocidad de la luz como la constante de Planck han visto modificado su valor. Dado que ambas son las que rigen la magnitud del dualismo onda-partícula, es decir, la relación materia-energía, se ha visto modificado el equilibrio entre ambas. La conclusión es que ahora la materia que nos rodea es alrededor de un diez por ciento menos energética que antes.

—Hemos comprobado que los nuevos valores se ajustan al balance actual entre materia y energía —prosiguió Víctor—. Concretamente, la constante de Planck ha visto aumentado su valor mientras la velocidad de la luz ha disminuido en un porcentaje similar. Ambos efectos se han acumulado siendo los causantes conjuntos de la pérdida de rendimiento.

—Esto implica que las leyes físicas no son tales —interrumpió Parrish.

ERÍDANO

SUPLEMENTO DE ALFA ERIDIANI

Nº 3



—No necesariamente —respondió Sanders—. Creo haber comprendido el problema. Ustedes deducen que el universo debe ser anisotrópico, es decir, heterogéneo. Las leyes físicas se cumplirán en todas las partes del mismo, pero en unas magnitudes variables según las zonas. ¿Me equivoco?

—Esa es nuestra opinión —apoyó Víctor—. Nosotros creemos que tanto las ecuaciones de Einstein como las de Planck y de De Broglie siguen siendo válidas excepto en el hecho de que las constantes físicas han debido de ver modificados sus respectivos valores.

—¿Qué sugieren entonces que hagamos? —preguntó el capitán.

—Creemos que lo más sensato sería buscar, de la forma más breve posible, la manera de salir de aquí. Nada sabemos de este lugar salvo que es muy distinto de nuestro marco habitual.

—Pero podríamos explorar las estrellas circundantes —apuntó Sanders sin mucho convencimiento.

—Lamento desilusionarlo —respondió el navegante—. A pesar de que carecemos de base para medir paralajes, estimamos que las estrellas más cercanas deben hallarse al menos a varios cientos de parsecs de distancia, mucho más allá de nuestro radio de acción.

—¿Acaso hemos caído fuera de una galaxia? —se extrañó Lubdek.

—Pensamos que no, puesto que estamos rodeados de estrellas. Ahora bien, éstas están agrupadas de una manera muy distinta a la de los cuerpos de la Vía Láctea. Las distancias interestelares son sensiblemente mayores que las de cualquier galaxia típica, y en todo caso están muy por encima de nuestras posibilidades de desplazamiento.

—Quisiera hacer una puntualización —intervino de nuevo Pereda—. Soy el representante de los viajeros que no son ni científicos, ni miembros de la tripulación, que no obstante tenemos también nuestros derechos.

—Nadie se los ha negado —respondió Parrish—. La prueba de ello es que está usted aquí.

—En la práctica estamos marginados. Se limitan a recomendarnos que permanezcamos encerrados en nuestros camarotes mientras ustedes se reúnen para decidir qué hacen con nosotros.

ERÍDANO

SUPLEMENTO DE ALFA ERIDIANI

Nº 3



—¿Qué es lo que quiere? ¿Que dejemos el mando de la nave en sus manos? —preguntó irónicamente el navegante—. Por mi parte no hay el menor inconveniente en ello.

No dejó de observar Víctor la rápida mirada con la que fulminó el capitán a su imprudente subordinado. Era evidente que Pereda estaba excitado, y nada se conseguiría irritándole aún más. Aunque Víctor lo ignorara entonces, la tripulación mantenía serios temores de que el clima social de la nave pudiera comenzar a deteriorarse partiendo del lado más débil; el nerviosismo de los pasajeros era ya patente, y nada bueno presagiaba.

—¡Tan sólo queremos que se nos tenga en cuenta! ¡Son nuestras vidas las que están en juego! —respondió Pereda visiblemente irritado.

—Por favor, caballero, serénese —apaciguó el capitán—. ¿Qué es lo que desean ustedes exactamente?

—Ya se lo he dicho. No estamos dispuestos a permitir que se juegue con nosotros. En una reunión anterior fuimos marginados, y no podemos aceptar unas decisiones que fueron tomadas a espaldas nuestras.

—Créame si le digo que nadie les ha menospreciado —respondió Sanders—. En esa reunión no hubo decisión alguna, puesto que el azar nos había puesto frente a una única alternativa privándonos del menor margen de maniobra.

—¿Se trataba de dirigirnos directamente hacia otro agujero negro?

—Efectivamente. Es la única esperanza que tenemos de poder abandonar esta región.

—Ahora estamos vivos. Quizá no lo estemos después del próximo intento.

—Merece la pena correr el riesgo —era Karamzin quien hablaba—. La otra posibilidad es seguir como hasta ahora, vivos pero encerrados dentro del casco de la *Ras Algethi*. No moriremos de inanición ni de asfixia, pero acabaremos deseando morir una y mil veces antes de continuar en este estado.

—Quizá podamos llegar hasta alguna estrella con planetas habitables.

—Olvídelo. Nunca llegaríamos allí vivos, y eso tampoco solucionaría nuestro problema. Estas estrellas emiten radiaciones muy distintas a las solares y difícilmente podríamos vivir bajo sus rayos.

ERÍDANO

SUPLEMENTO DE ALFA ERIDIANI

Nº 3



La reunión concluyó poco después sin que hubiera sido ni tan siquiera esbozado el plan a seguir y sin conseguir mas que comprobar la existencia de una amenazante escisión en el seno de la pequeña comunidad, división que el tiempo se encargaría de ahondar aún más poniendo en peligro la simple existencia de la expedición como tal.

* * *

Era bien entrada la noche según el horario interno que regía en la *Ras Algethi*, cuando el estridente zumbido del comunicador despertó bruscamente a Víctor. Éste se incorporó del lecho extrañado; no era normal interrumpir los períodos de descanso de la nave.

Mientras conectaba el aparato miró de soslayo al reloj eléctrico. Eran las cuatro de la madrugada, hora interior de la nave. Si bien tal medida del tiempo perdía todo su significado en el exterior de la misma, ésta era respetada por la casi totalidad de los viajeros excepción hecha del turno de vigilancia instalado en la sala de mandos. Presionó por fin el interruptor, apareciendo en la pantalla el demacrado rostro de O'Hara.

—¿Es usted, Patrick? ¿Qué ocurre?

—Escuche, Víctor, le necesitamos en el puente de mando. Pero no abandone el camarote hasta que no vayan a recogerlo.

Acto seguido cortó la comunicación. Algo grave debía de suceder; resultaba extraña la recomendación de O'Hara cuando apenas veinte metros le separaban de él. Instantes después unos discretos golpes sonaban en la puerta. Víctor abrió, encontrándose frente a un sobrecargo Smith anormalmente pálido. No sin alarma, comprobó que el oficial iba armado.

—¿Qué ocurre? —preguntó por segunda vez.

—Lamento no poder darle explicaciones —recibió por toda respuesta—. El tiempo apremia, y ya le informarán en el puente de mando. Ahora le ruego que me acompañe.

Víctor obedeció, siguiendo a Smith por el desierto pasillo. Tras ellos marchaba un silencioso tripulante también armado. Cada vez más perplejo recordó que en la astronave existía un arsenal de armas, guardado hasta entonces bajo llave. Era necesaria una orden expresa del capitán para poder portarlas, y ésta se produciría tan sólo en el caso de que ocurriera algo realmente importante.

ERÍDANO

SUPLEMENTO DE ALFA ERIDIANI

Nº 3



En la puerta de acceso a la zona de navegación montaba guardia un segundo astronauta, también armado. Traspasada ésta, fue el propio capitán quien salió a recibirlos.

—Celebro que haya venido —saludó éste—. Le aseguro que soy el primero en lamentar lo ocurrido.

—¿Qué ha sucedido?

—Algo que puede llegar a resultar grave si la cordura no se impone —respondió éste—. Parte del pasaje se ha amotinado encerrándose en popa con varios rehenes. Hemos optado por reunir aquí al resto de los viajeros.

—¿Un motín? ¿Cómo es posible?

—Sencillamente, lo es. Compruébelo usted mismo.

En el interior de la sala se hallaban reunidos casi la totalidad de los compañeros de Víctor, excepción hecha de Gustav Nielsen y Parrish; con posterioridad sería informado de que ambos estaban retenidos por los rebeldes. En la pantalla del comunicador, que estaba conectada, aparecía el flemático rostro de Pereda, al parecer el cabecilla del grupo.

—No es nuestro deseo pelear con ustedes —estaba diciendo éste—; sería suicida para ambas partes. Sólo queremos que comprendan que nuestro periplo no tiene ya el menor sentido. Aceptemos los hechos tal como se presentan; no es cobardía, sino pragmatismo.

—Si esas son sus intenciones, ¿cuál es entonces la razón de su actitud? —replicó O'Hara—. Liberen a los rehenes y entonces podremos discutir sobre nuestras respectivas posturas.

—¿Pretenden engañarnos de nuevo? Tengan por seguro que no aceptaremos ninguna de sus promesas. Ésta es nuestra única defensa, y la mantendremos por encima de todo —concluyó cortando la comunicación.

—¿Qué es lo que hemos de hacer? —preguntó Sanders al resto de los presentes.

—Para mí está claro —respondió O'Hara con rapidez—. No podemos ceder ni un ápice en nuestra postura; somos nosotros quienes dirigimos la nave, no ellos.

—Nada conseguiríamos con enconarnos —medió conciliador Kurt Kaulen—. Sus reclamaciones no son disparatadas.

ERÍDANO

SUPLEMENTO DE ALFA ERIDIANI

Nº 3



—¡Pero no podemos tolerar que se imponga su voluntad en la astronave! Demasiados problemas tenemos ya como para consentir que se nos multipliquen. Por otro lado, ¿quién nos garantiza que acatarán la disciplina una vez que hayamos accedido a sus deseos? No es conveniente crear un precedente ante unas personas incapaces de controlarse a si mismas.

—Disculpen mi intromisión, pero desearía conocer lo que reclaman —interrumpió Víctor.

—¿Acaso no...? ¡Ah! Es cierto. Usted no estaba aquí —rectificó O'Hara—. Nos exigen que abandonemos la ruta abierta que ahora seguimos y nos dirijamos hacia una de las estrellas próximas que nos rodean.

—Pero allí no encontraremos ningún agujero negro.

—Precisamente. Se niegan a seguir adelante argumentando que con ello sólo conseguiríamos empeorar nuestra situación, confían en encontrar un planeta habitable en el que poder desembarcar.

Todo encajaba ahora, pensó Víctor. A decir verdad no faltaban motivos a los amotinados aun cuando esto no justificara en modo alguno su actitud. Dos fracasos seguidos eran suficientes para desalentar a cualquiera, y el mismo Víctor se veía obligado a luchar contra la desazón que le invadía al comprobar que a pesar de todos sus esfuerzos los viajeros de la *Ras Algethi* se veían arrastrados sin remisión cada vez más lejos de sus lares, en un viaje desafortunado comparable únicamente con la caída por un pozo sin fondo del cual eran incapaces de divisar el lejano final.

Tan sólo habían pasado cien horas desde que hubieran efectuado el segundo salto, sin que tan breve lapso de tiempo hubiera servido mas que para comprobar que el agujero negro que les engullera les había enviado no a su lugar de origen, sino a una región desconocida todavía más extraña e inhóspita que la que acababan de abandonar.

—¿Están muy lejos esas estrellas? —preguntó.

—No demasiado, apenas unas décimas de parsec. ¿Pero no querrá que hagamos lo que piden?

—Todo es compatible si así se quiere. Hemos tenido la suerte de caer en el interior de una zona estelar densamente poblada, y creo sinceramente que tenemos en nuestras manos una oportunidad que no deberíamos desperdiciar —respondió Sanders.

ERÍDANO

SUPLEMENTO DE ALFA ERIDIANI

Nº 3



—Eso no responde a mi pregunta.

—Sencillamente, mi idea es que podemos convertir nuestra aparente derrota en una victoria. Por otro lado, nada impide a Pereda y a sus acólitos desembarcar en un planeta si así lo desean; posteriormente, nosotros podríamos continuar nuestro viaje.

Las negociaciones fueron arduas y difíciles debido en gran parte a la intransigencia de Pereda, el cual resultó estar dotado de un insospechado carisma entre sus compañeros. Más por agotamiento que por convicción, se logró llegar al fin a un compromiso después de que ambas partes hicieran frente a renunciaciones considerables: los rehenes serían liberados una vez que las armas quedaran guardadas bajo llave y ésta fuera entregada a una persona de confianza para unos y otros.

Tras este acuerdo la atmósfera de la nave, sin llegar en ningún momento a ser cordial, se tornó más distendida. Los cabecillas de los amotinados tuvieron libre acceso a la zona restringida, convertida ahora en refugio permanente de tripulantes y científicos; en tales condiciones hubiera sido absurdo pensar en un fraude, como hizo notar Smith.

El pacto era sencillo: la tripulación se comprometía a conducir a la *Ras Algethi* hasta el cúmulo estelar cercano. Una vez allí cada pasajero sería libre de abandonar la nave, en cuyo caso sería provisto de todo lo necesario para su supervivencia, o de continuar el viaje, viéndose obligado entonces a acatar la disciplina de la misma. Los tripulantes no comprendían el interés de Pereda y sus acólitos por dirigirse a un lugar que según todos los indicios contaba con ínfimas posibilidades de poder albergar cualquier tipo de vida compatible con la humana, actitud completamente distinta de la de los científicos, que tras los iniciales titubeos se habían mostrado unánimemente partidarios de aprovechar una ocasión única para estudiar una región del universo virgen y completamente inexplorada.

El cúmulo se encontraba relativamente próximo a la posición de la astronave, lo que permitió que el viaje hasta el mismo fuera breve. Ahora podían contemplar los viajeros de la *Ras Algethi* el magnífico espectáculo formado por la aglomeración casi irreal de miles de gigantescos globos estelares en un espacio increíblemente reducido; parecía como si una mano gigantesca hubiera agrupado de forma caprichosa y artificial toda la población estelar de una vasta región del universo. Pero eso era absurdo, pensaban todos; ¿quién podría jugar con tales colosos como si de simples guijarros se tratara? Por fuerza debía de tratarse de un capricho de la naturaleza, por excepcional que fuera la situación.

ERÍDANO

SUPLEMENTO DE ALFA ERIDIANI

Nº 3



La distribución de las estrellas era singular y sin posible parangón con nada de lo anteriormente observado por unos ojos humanos. Los numerosos astros poseían en su totalidad el mismo brillo intrínseco, estando distribuidos de forma regular por una región esférica del espacio cuyo diámetro no alcanzaba a la décima parte de un parsec en marcado contraste con el resto del universo visible, totalmente desprovisto de cualquier tipo de materia.

La agrupación estelar hacia la que se dirigía la *Ras Algethi* era pues la única manifestación de materia en toda la vasta región del universo al alcance de los detectores de la nave, constituyéndose de esta manera en el único punto de referencia existente. Este hecho constituía un enigma para los científicos, firmemente aferrados a la idea de un universo isótropo en todas sus propiedades a pesar de las comprobadas evidencias de lo contrario, con todas las magnitudes físicas fundamentales modificadas en sus magnitudes. En vano se había rastreado el espacio con los potentes telescopios y radiotelescopios de la astronave; en todo el radio de acción de los mismos no existía ningún foco emisor de energía desde los rayos gamma a las ondas de radio, a excepción del enigmático cúmulo junto al cual ahora se hallaban. Los detectores gravitacionales, si bien su alcance máximo era sensiblemente inferior al de los detectores ópticos, tampoco hallaron el menor rastro de ningún cuerpo provisto de masa no radiactiva. A juzgar por estos resultados, parecía como si toda la materia del universo se hallara concentrada en aquella pequeña región de apenas cinco diezmilésimas de parsec cúbico.

Por insólito que pudiera parecer la situación no dejaba por ello de ser real. La astronave se hallaba ya frente a las estrellas más externas del superpoblado cúmulo esperando su tripulación la orden de seguir adelante. A pesar de la perfección técnica de los instrumentos instalados en la misma esta operación no dejaba de ser sumamente delicada; la distancia media entre las distintas estrellas era de apenas unas pocas horas-luz, lo que hacía suponer que las fuerzas gravitatorias existentes en el interior del cúmulo debían de ser extraordinariamente intensas. Aunque los generadores de la astronave eran capaces de contrarrestar campos gravitatorios extremadamente intensos, estaban diseñados para hacerlo cuando éstos procedían de un único foco, por lo que la naturaleza multipolar del campo gravitatorio interno generado por el cúmulo hacía que fuera extremadamente difícil, aun contando con la ayuda del ordenador, internarse en el cúmulo; un mínimo error podía conducir a la nave al corazón mismo de alguno de los gigantescos globos sin la menor posibilidad de poderlo evitar.

La nave describía ahora amplios círculos en torno al cúmulo, mientras sus detectores estudiaban la intensidad del campo gravitatorio en los distintos puntos del espacio. La maniobra a realizar era realmente arriesgada,

ERÍDANO

SUPLEMENTO DE ALFA ERIDIANI

Nº 3



por lo que O'Hara quería estar relativamente seguro antes de introducir a la *Ras Algethi* en el interior de tan peligrosa zona. Durante el compás de espera impuesto por la operación había tenido lugar una inversión en el estado de ánimo de los viajeros: los tripulantes se habían visto invadidos por un inusitado interés mientras los pasajeros veían remitir en buena parte su inicial entusiasmo asustados, quizá, por su inicial audacia.

Los científicos, por último, mostraban una actitud más comedida aunque también más firme. El azar les había enfrentado a una situación irrepetible que en modo alguno deseaban ver malograda. Su actividad era, pues, frenética aprovechando al máximo la totalidad de los sistemas de detección existentes en la astronave. Víctor, que no era ninguna excepción, había visto resurgir en él su antigua afición por la astronomía compaginando las visitas al observatorio con las frecuentes conversaciones con el resto de sus compañeros incluyendo a O'Hara, principal responsable en esos momentos de la *Ras Algethi*.

Fue en la biblioteca donde se encontraron ambos amigos. Víctor, que había sido el primero en llegar, se sorprendió al observar el grueso fajo de papeles repletos de ecuaciones matemáticas que portaba el ingeniero.

—¡Ah, es usted! —saludó jovialmente levantando la vista del libro—, ¿marchan bien sus cálculos?

—Me gustaría responderle que sí; este maldito cúmulo acabará con mi paciencia.

—¿Acaso han tenido problemas?

—Lo hubiéramos preferido así —replicó O'Hara—; pero lo cierto es que hemos llegado a unas conclusiones completamente consistentes... Demasiado consistentes para desgracia nuestra.

—Sinceramente, no le comprendo. Ayer estaba usted muy optimista.

—Ayer todavía confiábamos en obtener unos datos coherentes.

—¿Y no ha sido así?

—En parte... —se interrumpió un momento, como meditando sobre lo que iba a decir— la verdad es que tenemos datos suficientes como para elaborar toda una teoría cosmológica. El problema estriba en que hemos llegado a unos resultados completamente distintos a los que esperábamos.

ERÍDANO

SUPLEMENTO DE ALFA ERIDIANI

Nº 3



—¿Cuáles son?

—Bien, habíamos supuesto que en todos los cúmulos estelares las estrellas se distribuían al azar; esto ya lo habíamos comentado. No existe certeza absoluta de que esto sea así ya que hasta ahora nadie había podido acercarse lo suficiente a uno de ellos como para poder comprobarlo; no obstante, las distintas teorías matemáticas coinciden en señalar que cualquier distribución no aleatoria de estrellas evolucionaría rápidamente hacia una situación inestable sin otra opción que el colapso parcial o total del cúmulo por choques entre las estrellas vecinas. Nuestras ecuaciones iniciales arrancaban de esta hipótesis considerando una distribución al azar sin más restricciones que las introducidas por el campo gravitatorio multifocal. Pudimos despreciar fenómenos tales como las traslaciones estelares, pero el problema conducía a unos cálculos matemáticos demasiado laboriosos como para poder abordarlos de una manera directa. Con el ordenador de a bordo hicimos uso de un método iterativo, obteniendo al fin las coordenadas espaciales de cada una de las estrellas integrantes del cúmulo. Este resultado era significativamente aceptable y una variación en el número de estrellas tan sólo exigía una corrección paramétrica, por lo que nuestro modelo debía ser razonablemente válido en todas las situaciones.

—¿Y qué ocurrió?

—Intentamos aplicar el modelo matemático al cúmulo real. Debido al método de cálculo utilizado existía cierta incertidumbre en las coordenadas de cada cuerpo, si bien estos errores estaban perfectamente acotados. Debía haber bastado, como mucho, con una ligera traslación o rotación del sistema de coordenadas para que ambos coincidieran.

—¿No fue así?

—La correlación era mínima, muy inferior a la calculada para el caso más desfavorable. Había dos posibilidades: o bien nuestro modelo estaba equivocado, o bien el cúmulo no estaba regido por las leyes físicas que habíamos supuesto. Descartamos a priori la primera; el método de cálculo utilizado era sumamente laborioso, pero físicamente muy simple. Era preciso buscar, pues, un modelo no aleatorio que nos describiera satisfactoriamente al sistema. Esto no era ni mucho menos una tarea fácil; teníamos que proceder por tanteo... Y tener algo de suerte, claro.

—¿Lo consiguieron?

—Optamos por proceder de la manera contraria —prosiguió O'Hara sin responder directamente a la pregunta—. Utilizamos como punto de partida

ERÍDANO

SUPLEMENTO DE ALFA ERIDIANI

Nº 3



las posiciones reales de las distintas estrellas e intentamos obtener a partir de ellas unas ecuaciones que reflejaran razonablemente esta distribución estelar. Sí, lo conseguimos; en realidad fue relativamente fácil, ya que resultó tratarse de una distribución muy peculiar.

—¿Era simétrica?

—No, no presentaba la menor simetría, pero cada estrella ocupaba un determinado lugar que venía determinado unívocamente por las posiciones del resto de sus compañeras; podríamos hablar de una disimetría muy especial. Esto en un principio nos desconcertó, pero la verdadera sorpresa se produjo al analizar los resultados. La forma aproximadamente esférica del cúmulo podía ser subdividida en una serie de capas concéntricas muy delgadas, con un espesor máximo de unos pocos diámetros estelares, cada una de las cuales presentaba una distribución uniforme de masa.

—¿Quiere decir que cada capa influía gravitatoriamente sobre las exteriores a ella pero no sobre las interiores? —preguntó incrédulo Víctor.

—Así es. Resulta trivial demostrar que una distribución cóncava de masa no produce ningún efecto gravitatorio en su interior al anularse a sí misma; claro está que no es lo mismo una distribución continua de masa que un conjunto de discreto de estrellas, pero la posición de las mismas en cada una de las capas parece producir el mismo efecto. Es posible que sea ésta la razón de la extraña estabilidad del cúmulo; por desgracia no tenemos ningún físico teórico a bordo para comprobarlo. Pero no es esto lo más extraño; el siguiente paso consistió en calcular todas las posibles rutas que permitieran atravesarlo sin riesgo de caer en el interior de una estrella, y fue aquí donde nos encontramos con el hecho más perturbador. Tan sólo eran posibles tres caminos; cualquier otro resultaba impracticable y conducía tarde o temprano a una ruta de colisión.

—¿Qué tiene esto de particular? Cabía esperarlo así; usted mismo ha reconocido que se trataba de un sistema sumamente peculiar.

—Y lo sigo reconociendo. Lo extraño no es el número tan reducido de vías de acceso al interior; era de esperar algo así, como bien ha apuntado usted. Lo que se sale fuera de toda lógica es el hecho de que estos túneles gravitatorios adopten una distribución geométrica estrictamente regular.

—¿Qué es lo que quiere decir con eso?

—Esas tres rutas, túneles en realidad, han resultado ser escrupulosamente rectas. Atraviesan el cúmulo de parte a parte, y las tres son perpendi-

ERÍDANO

SUPLEMENTO DE ALFA ERIDIANI

Nº 3



culares entre sí cortándose en un punto que coincide con el centro geométrico del cúmulo si a éste le suponemos esférico tal como ocurre en el modelo real. En lo que respecta a los extremos de las mismas, sus intersecciones con la superficie exterior del cúmulo forman los seis vértices de un octaedro regular. Estará usted de acuerdo conmigo en que este fenómeno desborda con mucho los límites del sentido común.

—Quizá estén ustedes equivocados —apuntó tímidamente Víctor.

—Eso es lo que hubiéramos deseado. Revisamos los cálculos una y otra vez sin hallar en ellos el menor error. Y aun más: las medidas gravimétricas han confirmado plenamente nuestro modelo. Nuestra conclusión es que nos encontramos frente a un hecho insólito del cual lo único que sabemos es que existe. Esto ha echado por tierra todas nuestras estimaciones, incluidas aquéllas que habíamos desechado por revolucionarias.

—No hay que olvidar que la naturaleza se muestra a veces partidaria de la geometría —comentó Víctor—; basta con recordar el desconcierto que produjo el descubrimiento de que los minerales adoptaban en sus cristales una estructura geométrica. Lo que es válido a escala atómica, bien puede serlo para el cosmos en su conjunto. Hemos de ser conscientes de que conocemos apenas una ínfima parte de los engranajes del universo, y de que aun eso lo conocemos de una manera fragmentaria e incompleta.

—No lo niego —respondió O'Hara con aplomo—. Pero insisto en que a pesar de toda esta situación se sale por completo de lo normal. Hemos podido comprobar que se trata de un sistema físico regido por un equilibrio sumamente delicado; bastaría una pequeña interacción con alguna fuerza exterior suficientemente intensa para que todo se viniera abajo, y estas fuerzas existen. Admito que hemos de aceptar una cierta flexibilidad en las leyes físicas, cosa que hasta ahora nadie había ni siquiera sospechado; pero cuando fallan todos los intentos de comprender, aun remotamente, aquello que se presenta ante nuestros ojos, cuando es imposible toda explicación racional, no nos queda otro remedio que confesar nuestra impotencia y aceptarlo como un hecho sobrenatural.

—Su actitud es derrotista.

—Llámelo como quiera. Para mí supone tan sólo un acto de humildad frente a la grandiosidad cósmica.

—Quizá no le falte razón —admitió Víctor, deseoso de eludir una discusión filosófica—. Pero tan sólo hay una manera de comprobar cual de los dos tiene razón... Si es que la tiene alguno.

ERÍDANO

SUPLEMENTO DE ALFA ERIDIANI

Nº 3



—Por supuesto. Si hay algún lugar en el que sea posible desvelar el misterio, ese lugar es el centro del cúmulo. Hacia allí nos conducen todas las rutas; y allí encontraremos lo que buscamos —concluyó proféticamente O'Hara.

* * *

La *Ras Algethi* había llegado al final de su largo camino. Frente a ella, en la encrucijada formada por los túneles gravitatorios en el centro del cúmulo, se alzaba orgulloso el misterioso Astro Negro. La unanimidad había sido total entre los viajeros a la hora de dar nombre al coloso: la lisa superficie, de un intenso color negro, no mostraba mas accidentes que aquellos seis extraños discos plateados, brillantes bajo el intenso fulgor de las estrellas circundantes, los cuales marcaban de una forma inequívoca las direcciones de todas las vías de acceso a aquel extraño mundo.

La astronave había dejado ya atrás a las estrellas mas internas del cúmulo, arribando a una región completamente desprovista de astros con excepción del enigmático planeta negro. Como bien decía el prudente O'Hara, la realidad había desbordado por completo a la más calenturienta de las imaginaciones. Todos eran conscientes de lo irracional de la situación frente a la que se hallaban, al tiempo que veían anidar en su interior una extraña sensación de impotencia distinta por completo de cualquier otro fenómeno anteriormente experimentado por persona alguna. Se trataba, en definitiva, de un acto de humildad por parte de los miembros de la orgullosa raza que, pese a haber dominado el cosmos, no había conseguido desentrañar sus secretos. Los viajeros de la *Ras Algethi*, abrumados por el grandioso espectáculo que sus sentidos les permitían captar pero cuyas mentes se negaban a aceptar, respondieron al reto con una actitud en la que se fundía en extraña amalgama el atávico temor animal frente a lo desconocido con el innato afán de la estirpe humana por comprender todo aquello que el azar ponía delante suyo.

En consecuencia, reinaba en la astronave un prudente interés por desentrañar el enigma. No hacía sino cumplirse el comprobado axioma que afirmaba que un estímulo suficientemente intenso podía resultar, a la postre, ineficaz; porque el cúmulo estelar, con todos los misterios que encerraba en su seno, constituía un fenómeno demasiado extraño como para que pudiera inspirar temor.

Abandonando finalmente la órbita de circunvalación en torno al planeta que hasta entonces había mantenido, la *Ras Algethi* se encaminó con lentitud, pero también con seguridad, hacia la lisa superficie que limitaba al

ERÍDANO

SUPLEMENTO DE ALFA ERIDIANI

Nº 3



mismo. No había en el Astro Negro más puntos de referencia que los seis discos blancos distribuidos por toda su superficie de una manera tan regular como extraña: dos en los polos y el resto repartido regularmente por el círculo ecuatorial, cada uno de ellos frente a uno de los caminos que conducían al centro del cúmulo reproduciendo en su conjunto la ya familiar forma octaédrica.

Resultaba lógico elegir uno cualquiera de ellos como el punto de aterrizaje más idóneo, y dado que todos parecían ser equivalentes se seleccionó para tal fin a uno de los ecuatoriales, justo el más cercano a la órbita de aproximación que ahora describía la astronave. Cada uno de estos círculos resultaba ser de un tamaño apreciable, habiéndose evaluado su diámetro en unos mil kilómetros; esto les hacía perfectamente visibles en la superficie del planeta, cuyo radio no excedía de los diez mil. El intenso contraste cromático existente entre los discos brillantemente iluminados y las oscuras regiones circundantes no hacía sino resaltar aún más su existencia.

Conforme la astronave iba aproximándose a su destino, las características del mismo se iban haciendo más patentes. Situado en lo que O'Hara había denominado un pozo de gravedad, el planeta se mantenía inmóvil sin que los sensores de la nave pudieran detectar en el mismo el menor movimiento de traslación. Si bien tal fenómeno había sido previsto por el ingeniero basándose en la peculiar distribución de las estrellas del cúmulo, resultaba totalmente inexplicable su carencia también de rotación, lo que hacía del Astro Negro un caso único en la mecánica celeste. La intensidad de la atracción gravitatoria del planeta, la única existente en tan peculiar región del espacio, tampoco concordaba con la estimada en un principio partiendo de las dimensiones de éste suponiéndole una densidad media similar a la terrestre, ya que de acuerdo con las medidas experimentales el Astro Negro era apenas un veinte por ciento más denso que el agua, lo que entraba en franca contradicción con el aspecto pétreo de su superficie. Tan sólo una explicación había podido ser apuntada para tal fenómeno: alguien había sugerido la posibilidad de que el planeta estuviera hueco. Esta afirmación, que tan sólo hubiera provocado hilaridad en los círculos científicos de la Tierra, cobraba ahora plena vigencia avalada por todos los fenómenos que habían acompañado a la expedición desde el primer momento. *¿Por qué no?*, Había sido la respuesta de O'Hara. Hechos más inverosímiles habían tenido lugar, siendo conscientes de ello la totalidad de los viajeros.

La actividad en el seno de la *Ras Algethi* había ido aumentando paulatinamente hasta convertirse en febril. En la espaciosa sala de mandos, ahora perpetuamente ocupada, se vivía con toda intensidad la aproximación de la astronave a la lisa superficie del planeta. A manera de un ser vivo provisto

ERÍDANO

SUPLEMENTO DE ALFA ERIDIANI

Nº 3



de cien sentidos distintos, la *Ras Algethi* exploraba con toda la minuciosidad permitida por sus detectores la ya cercana corteza del Astro Negro, conscientes sus tripulantes de que el más mínimo error podría desembocar en una catástrofe de incalculables consecuencias.

Era costumbre de los científicos reunirse periódicamente con el fin de cotejar los resultados obtenidos en sus respectivas investigaciones. Este hábito, que había tenido su origen en la invitación que les hiciera el capitán una vez atrapados por el primer agujero negro, se había convertido en un fenómeno harto frecuente dada la intensa actividad que ahora desarrollaban todos ellos. Las reuniones se sucedían pues a un ritmo de varias por jornada, frecuencia a todas luces agotadora que impedía que pudieran asistir a ellas la totalidad de sus integrantes.

La que tenía lugar en aquellos instantes en la sala de oficiales, lugar de reunión habitual, había reunido tan sólo a cuatro personas; sentados en torno a la amplia mesa se hallaban el sobrecargo Smith, Jacques Sanders, el ingeniero Patrick O'Hara y el recién llegado Víctor, el cual estaba siendo sometido a un interrogatorio por parte de sus compañeros.

—¿Qué tal por el observatorio? —preguntaba O'Hara.

En su condición de geólogo, Víctor era el responsable de la investigación sobre la naturaleza química de la superficie del planeta. El método utilizado para tal fin era el espectroscópico en sus distintas variantes. Contaba Víctor con un sensible espectrofotómetro conectado al ordenador de la nave; era éste un sofisticado aparato que permitía estudiar a distancia la composición química de todos los cuerpos situados dentro de su radio de acción, desde polvo cósmico a galaxias enteras aprovechando para ello la luz emitida por los mismos.

—Allí he estado hasta ahora —confirmó Víctor—. No puede decirse que el Astro Negro revele con facilidad sus secretos.

—¿Qué ocurre? ¿Ha fallado el aparato? —interrumpió Sanders.

—No es eso, el espectrofotómetro funciona perfectamente. He barrido toda la región de frecuencias desde el infrarrojo hasta el ultravioleta lejano, pero el problema estriba en que el ordenador es incapaz de analizar los resultados; no existe en su banco de datos ningún espectro, ni atómico ni molecular, que se pueda asimilar al obtenido por nosotros.

—Es extraño... —comentó de nuevo Sanders.

ERÍDANO

SUPLEMENTO DE ALFA ERIDIANI

Nº 3



—Eso es lo que pienso yo, pero hay que rendirse ante la evidencia. A fuer de ser sincero he de confesar que esperaba este resultado en lo que respecta a los espectros atómicos; basta con observar la naturaleza de la superficie del planeta para comprobarlo. Sea lo que sea, la materia que forma la corteza del Astro Negro no contiene ni átomos ni iones monoatómicos libres. Lo malo es que he fracasado también en los espectros moleculares, que era donde yo había depositado mis esperanzas.

—¿Qué aspecto tiene el espectro del planeta?

—No hay uno, sino dos, uno para cada región. Aunque ambos son distintos, tienen en común su inequívoca naturaleza molecular; esto es evidente. Ahora bien, presentan una peculiaridad muy extraña. En el infrarrojo las bandas de absorción son muy anchas, apareciendo prácticamente un continuo. A grosso modo se puede afirmar que es el tamaño de las moléculas el que determina el número y la anchura de las bandas; si la molécula es grande y existen interacciones fuertes entre los distintos grupos atómicos de la misma, las bandas solapan entre sí apareciendo perfiles suaves y anchos. En nuestro caso nos encontramos con una situación límite, lo que hace pensar en alguna extraña clase de sustancia polimérica aunque lo cierto es que no conozco ningún material, ni natural ni artificial, que presente este comportamiento. Todos los polímeros presentan bandas de vibración anchas, pero siempre discretas; si no se tratara de algo completamente absurdo, diría que los átomos que forman la superficie están pegados unos a otros formando una especie de molécula única que recubriría la totalidad del planeta.

—¿Desconocemos entonces su composición química?

—Así es. La naturaleza de los espectros ópticos no permite obtener más información que la que les he comunicado, ya que los registros obtenidos no se parecen tampoco a nada de lo que conocemos. La solución estaría quizá en el espectrógrafo de masas, pero para poderlo aplicar sería necesario poseer una muestra de esta sustancia. En lo que a mí respecta, nada más puedo hacer hasta que no aterricemos en el planeta. Por cierto, Patrick —se interrumpió—, ¿qué tal marchan sus trabajos?

—También mal —respondió el ingeniero—. Las medidas gravimétricas siguen sin dar resultados coherentes; este planeta no puede ser tan poco denso.

—¿Han tenido en cuenta la variación de las constantes físicas? —preguntó Sanders.

ERÍDANO

SUPLEMENTO DE ALFA ERIDIANI

Nº 3



—Por supuesto. La constante de Newton tiene ahora un valor bastante inferior al normal, pero esta variación es insuficiente para justificar un valor tan bajo como el que hemos obtenido para la masa calculándolo a partir de la intensidad de la atracción gravitatoria. Dado el aspecto de la superficie externa, no hay otra explicación que la de suponer que el interior del planeta está compuesto por una materia mucho menos densa que la de la corteza, aunque esto sea justo lo contrario de lo que predicen las teorías de formación de los planetas.

—Por fortuna, pronto saldremos de dudas —comentó Víctor—. ¿Cuándo aterrizaremos?

—Aproximadamente dentro de una hora si no surge ningún inconveniente —contestó O'Hara mirando maliciosamente al sobrecargo.

—Se refiere a Pereda, ¿no es cierto? —respondió el orondo oficial—. La verdad es que últimamente están muy tranquilos; lo que ignoro es si se debe a la satisfacción o al miedo. Mi opinión personal es que...

El zumbido de la alarma invadió repentinamente la estancia dejando a la mitad la frase iniciada. Al conjuro del mismo los cuatro hombres se levantaron de sus asientos dirigiéndose con rapidez hacia la sala de mandos. Una vez allí, y en contra de lo esperado, comprobaron con alivio que reinaba una normalidad casi absoluta; tan sólo la rapidez de movimientos de los tripulantes allí reunidos traicionaba esta impresión presagiando la existencia de algo fuera de lo común.

—¿Qué ocurre? —preguntó O'Hara irrumpiendo en la sala.

—¡Ah, son ustedes! —exclamó el capitán volviéndose hacia los recién llegados—. Acérquense. Quiero que vean esto.

Así lo hicieron el ingeniero y sus acompañantes, inclinándose todos ellos frente a la gran pantalla que recogía las imágenes de la totalidad de los objetos situados a proa de la astronave, en la cual aparecía reflejada una vista del cercano planeta situado entonces a una distancia de veinticinco mil kilómetros.

—¿Qué tiene de extraño? —preguntó Sanders—. Yo lo encuentro todo normal.

—¡Los discos blancos! —exclamó Víctor—. Han desaparecido.

ERÍDANO

SUPLEMENTO DE ALFA ERIDIANI

Nº 3



Una observación más detallada les permitió comprobar que Víctor estaba en lo cierto; donde antes estuvieran los gigantescos círculos aparecían ahora unas simas sin fondo tan oscuras como la dura materia que las rodeaba. Tan sólo un débil resplandor, surgido al parecer de las profundidades del planeta, permitía constatar la nueva situación.

—Esto cambia por completo todos nuestros planes —comentó quedamente O'Hara.

—Pero algo hay que hacer —interrumpió Sanders—; no podemos quedarnos cruzados de brazos.

—Eso es evidente; ¿pero dónde aterrizamos ahora? Había considerado que el sitio más idóneo para posar la astronave era precisamente alguno de los seis discos blancos, pero éstos han desaparecido y considero peligroso introducirnos en los pozos que ahora ocupan su lugar.

—Quizá lo más prudente sea intentar hacerlo en la superficie oscura —apuntó Víctor—. Ésta no parece haber variado de aspecto.

—No lo sé —confesó el ingeniero—; reconozco que esta situación me desborda por completo. Pero dadas las circunstancias, puede que sea lo más acertado.

—Pienso que lo más conveniente sería que los pasajeros se recluyeran en sus camarotes —opinó el capitán dando por zanjada la discusión—. Y eso también va por ustedes —añadió dirigiéndose a Víctor y a Sanders.

Iba Víctor a protestar en nombre suyo y en el de sus compañeros, cuando uno de los tripulantes interrumpió la conversación comunicando al capitán que los mandos de la astronave no respondían estando la *Ras Algethi* fuera de todo control en aquellos críticos momentos. La reacción en la cabina de mandos fue inmediata y mostró a Víctor el excelente adiestramiento de los tripulantes; con rapidez, pero también con una seguridad total, entró inmediatamente en acción el plan de emergencia previsto para tales casos. Mas tarde conocería Víctor la naturaleza del mismo, la cual consistía básicamente en la revisión de la totalidad de los circuitos que componían la intrincada red que hacía el oficio de sistema nervioso de la nave; una vez comprobada la existencia de algún fallo entraba en funcionamiento un circuito paralelo que suplía provisionalmente al defectuoso hasta que éste era reparado o sustituido. Todo este complejo mecanismo tenía lugar en el breve plazo de unos minutos, siendo esto posible gracias a la utilización del ordenador de a bordo.

ERÍDANO

SUPLEMENTO DE ALFA ERIDIANI

Nº 3



En aquel momento Víctor y sus compañeros, ignorantes por completo de la actividad febril desarrollada en la cabina de mandos, se hallaban convertidos en unos mudos testigos a los que nadie prestaba la menor atención. Tan sólo las breves frases cruzadas entre los astronautas o las expresiones faciales de los mismos les permitían obtener una información más o menos fragmentaria sobre la situación en la que se encontraban. A pesar de tales limitaciones, al cabo de cierto tiempo pudieron constatar que el plan de emergencia había fallado, ya que los tripulantes habían ido perdiendo poco a poco su anterior frenesí cayendo uno tras otro en una apatía que tenía mucho de fatalismo; sus caras crispadas no hacían sino corroborar este hecho. Por fin, fue O'Hara quien acabó informándoles de lo ocurrido.

—Disculpen nuestra falta de atención hacia ustedes, pero la situación es realmente grave, en estos momentos navegamos a la deriva sin que podamos hacer absolutamente nada por evitarlo.

—¿Otro agujero negro? —preguntó Sanders sin demasiada convicción.

—No —respondió categóricamente el ingeniero—. En todos los que atravesamos nunca perdimos el control de los instrumentos; lo que ocurrió fue que la astronave no pudo contrarrestar la fuerza gravitatoria. Pero ahora es distinto por completo; la atracción es muy débil y nos movemos en una órbita estable, pero no podemos controlar los mandos.

—¿No han conseguido detectar los fallos?

—Veo que no lo han comprendido. No hay tales fallos ya que todo funciona perfectamente; esto es lo más desconcertante. Parece como si hubiéramos penetrado en el seno de un campo de fuerza desconocido pero lo suficientemente poderoso como para bloquear por completo nuestros aparatos.

—Entonces, ¿qué van a hacer?

—No se alarmen; en principio la situación no es peligrosa. La astronave no describe una ruta de colisión sino una órbita parabólica abierta. La inercia nos permitirá alejarnos del planeta, y una vez que recuperemos el control sobre los mandos volveremos a intentar el acercamiento.

—Entonces volverá a ocurrir lo mismo —objetó Sanders.

—No necesariamente. El oficial Smith ha ido a buscar al resto de sus compañeros, y entre todos podremos resolver la situación.

ERÍDANO

SUPLEMENTO DE ALFA ERIDIANI

Nº 3



—Sería muy lamentable que al final tuviéramos que marcharnos por donde hemos venido —comentó Víctor—. Sobre todo, después de haberlo tenido al alcance de la mano.

—Se olvida usted de algo —respondió el capitán incorporándose a la conversación—. Fuera de este cúmulo no existe ningún otro lugar a donde ir. ¡Ah, disculpen! —se interrumpió al constatar que uno de los tripulantes reclamaba su presencia—. En estos momentos pasamos por la vertical de uno de esos pozos; también será éste el punto de máxima aproximación al planeta.

Movidos por la curiosidad, Víctor y sus compañeros se acercaron a la gran pantalla mural. En ella podía observarse con todo lujo de detalles un primer plano del Astro Negro, apreciándose en el centro de su superficie la existencia de una fosa sin fondo de contorno rigurosamente circular. El débil resplandor que ya anteriormente habían observado aparecía y desaparecía a intervalos regulares contribuyendo aún más a mantener el misterio. Todo parecía tranquilo cuando de una manera súbita el zumbido de la alarma vino a quebrar de nuevo la atmósfera de la sala de mandos, a la sazón repleta de gente.

—¿Qué ocurre? —fue el primero en preguntar, alarmado, el recién llegado Parrish.

—La astronave se ha detenido. —respondió lívido el capitán— Esto va en contra de todas las leyes de la mecánica celeste, pero ha ocurrido. En estos momentos estamos inmóviles sobre la vertical de uno de los pozos.

Un silencio sepulcral acogió a estas palabras. Los viajeros, inmóviles, se miraban unos a otros reflejando en sus rostros gestos que abarcaban desde la perplejidad hasta el pánico. Quizá todo fuera un sueño, pensaban algunos, ignorando acaso que la mente humana rechazaba por imaginario todo aquello que era incapaz de comprender, con lo que la realidad no dejaba de ser sino un criterio totalmente subjetivo elaborado por sus cerebros. Sumergidos en el seno de una situación que les desbordaba por completo, a los expedicionarios tan sólo les restaba esperar. Nada era ya capaz de impresionarlos, abrumados como estaban por una realidad que eran incapaces de captar; ni siquiera un hecho tan fuera de toda lógica como la clara y potente voz que se oyó repentinamente en toda la nave.

—*Bienvenidos, Hijos de las Estrellas. Los Inmortales os saludan.*

ERÍDANO

SUPLEMENTO DE ALFA ERIDIANI

Nº 3



Las reacciones fueron diversas si bien todas ellas tuvieron en común la más absoluta de las sorpresas. Fue Parrish el primero en romper el hielo reflejando en sus palabras el sentir de todos los allí presentes.

—¿Qué broma es ésta? —preguntó irritado.

Bastaba con observar los rostros de sus compañeros para comprobar que ninguno de ellos hubiera sido capaz de hacerlo. Éstos se mostraban tan sorprendidos como él mismo, aguardando expectantes el devenir de los acontecimientos.

—No es ninguna broma, ilustres visitantes. El mensajero de los Inmortales os brinda su hospitalidad.

—¿Quién es usted? —preguntó aterrorizado uno de los tripulantes— ¿Dónde se encuentra?

—Os equivocáis —habló de nuevo la enigmática voz—. Sois vosotros los que estáis en mi interior.

—¿Quiere decir en el Astro Negro? —preguntó escéptico O'Hara.

—No, si por tal os referís al elemento central de mi estructura; todo el universo visible forma parte de mí.

—¿Quién eres? —insistió Víctor.

—Soy lo que vosotros denominaríais una inteligencia artificial —le respondió la voz—. Debo mi existencia a los Inmortales, y a ellos represento en mi calidad de mensajero.

—¡Por el Creador del Universo! —exclamó Sanders—. No puede ser posible.

—No hay nada imposible; la inteligencia no es sino una ordenación determinada de una serie de elementos finitos. Sean éstos electrones, neuronas o estrellas; ¿qué importa la escala? La textura de mi principal componente material, lo que vosotros habéis denominado cúmulo, no es inferior en complejidad a la que permite que vuestros ingenios electrónicos resulten operativos. Mis capacidades son grandes, seres de otro universo, y se extienden más allá de vuestras tres dimensiones.

—¿Cuál es, pues, el poder de tus creadores? —preguntó admirado O'Hara— ¿Dónde se encuentran?

ERÍDANO

SUPLEMENTO DE ALFA ERIDIANI

Nº 3



—*Nada hay que mis creadores no sean capaces de hacer*—respondió con orgullo el ser-universo—. *Han pasado infinitos eones desde que alcanzaran el final de su evolución; en ese momento, y por propia voluntad, se desplazaron al Punto Final, y allí seguirán hasta el fin de la eternidad puesto que son inmortales. Mi misión consiste en pregonar su grandeza sirviendo de umbral a todo aquél que desee compartir con ellos su feliz existencia. Yo os invito, hijos de las estrellas, a gozar de su felicidad; la puerta está abierta para vosotros.*

—¡Un momento! —exclamó anonadado el capitán—. Nosotros deseamos volver a nuestro lugar de origen. ¿Puedes ayudarnos?

—*Tan sólo puedo enviaros con los Inmortales. Pero no os comprendo; ¿cabe acaso mayor dicha que la que os puede deparar vuestra unión con ellos?*

—Si tus creadores son tan poderosos, compartirán sin duda nuestro afán—intervino Víctor—. A pesar de todo, tú pareces incapaz de alentar sentimientos.

—*Te equivocas. Siento un infinito agradecimiento hacia mis creadores; con esto me basta. Pero ya es suficiente; espero vuestra decisión.*

No había ninguna duda sobre el camino a seguir, y en ello estuvieron de acuerdo la totalidad de los viajeros. Minutos después, bajo el control absoluto de aquella inteligencia supraestelar, la *Ras Algethi* se sumergía en el seno del Astro Negro iniciando así la última etapa de su largo viaje al infinito.

* * *

Nadie en el interior de la *Ras Algethi* había sido capaz de captar el fugaz tránsito. Sin la menor solución de continuidad se habían encontrado en una región desconocida, distinta por completo de aquélla en la que estuvieran momentos antes. Perplejos, Víctor y sus compañeros observaban con ansiedad la pantalla visora, en la cual tan sólo se apreciaba una tenue y difusa luminosidad que parecía emanar simultáneamente de todos los puntos del espacio. Por lo demás, la astronave parecía funcionar correctamente una vez desaparecida por completo la perturbación causada por el Mensajero, del cual no se apreciaba ya el menor rastro.

Si lo que éste les había comunicado era cierto, y nada hacía pensar lo contrario, deberían encontrarse ahora en presencia de los Inmortales, tal como denominara el ordenador a sus ignotos creadores. Pero nada era visible en torno a la astronave a excepción de la omnipresente radiación luminosa la cual, contra toda lógica, no era producida por fuente material algu-

ERÍDANO

SUPLEMENTO DE ALFA ERIDIANI

Nº 3



na, sino que parecía brotar del mismo universo transformándolo en un escenario fantasmagórico sin posible parangón con ningún hecho familiar para la especie humana. Y sin embargo había algo en el fondo de sus mentes, algo que pugnaba por abrirse paso hacia los niveles superiores de la consciencia proclamando con decisión la naturaleza familiar de tan perturbador fenómeno e inundando sus cerebros con una indescriptible pero en modo alguno desconocida sensación de congoja.

Nunca sabrían cuanto tiempo duró esa situación, y posteriormente recordarían esa etapa con la nebulosidad propia de los sueños casi olvidados en los que las imágenes parecen huir sin cesar. Muchas veces intentó Víctor reconstruir los hechos acontecidos en la que sin duda había sido la etapa mas trascendental de su existencia sin conseguir su propósito en ninguna ocasión; recordaba con vaguedad, eso sí, la impresión causada en los viajeros por la aparición de los Inmortales, la cual había tenido lugar por medio de un contacto directo tan sencillo como perturbador.

Una forma luminosa, sin duda prolongación de la existente en el exterior de la nave, había aparecido en el recinto de la cabina. La oleada de instintos atávicos levantada en el seno de todos los allí presentes se había visto neutralizada por la poderosa mente de tan extraño ser. El efecto tranquilizador había sido inmediato viéndose inundados los terrestres por una apacible sensación de bienestar espiritual. Ahora sabían que aquellos seres eran sus amigos y que tan sólo deseaban ayudarlos.

—¿Eres un Inmortal? —preguntó Sanders.

—*Tan sólo soy una faceta de esta singularidad* —respondió la nube luminosa—. *No existe entre nosotros la individualidad tal como vosotros la conocéis; los Inmortales formamos una única identidad.*

Más tarde constatarían con asombro que los Inmortales utilizaban el contacto directo mente a mente; no podía ser de otra manera dada la inexistencia en ellos de todo soporte material. No obstante en aquel momento lo aceptaban con total naturalidad, imbuidos temporalmente por un estado de consciencia superior.

—¿Quieres decir que vuestras mentes se han fundido en una sola? ¿Y vuestros cuerpos? —preguntó con asombro O'Hara. Aun cuando resultara innecesario, los expedicionarios seguían comunicándose oralmente con el Inmortal.

—*Así es. Nuestra antigua civilización había alcanzado ya el punto final de la evolución; nada nos quedaba ya por hacer en nuestro antiguo estado, por lo*

ERÍDANO

SUPLEMENTO DE ALFA ERIDIANI

Nº 3



que decidimos desprendernos de nuestros cuerpos materiales. Una vez libres de su prisión, nuestras mentes pudieron alcanzar un estado de mayor perfección.

—Según todos los indicios, lo conseguisteis plenamente —comentó admirado Víctor.

—Resultó sencillo para nuestra tecnología. Tan sólo había que vencer un escollo; las leyes físicas de nuestro anterior universo, aquél que ahora alberga al Mensajero, no nos permitían la transformación, por lo que tuvimos que abandonarlo para trasladarnos a éste no sin antes agrupar toda la materia existente en el mismo para crear al Mensajero.

—Has hablado de universos —intervino el hasta entonces silencioso Parrish—. ¿Acaso existe más de uno? Dónde estamos ahora?

—La respuesta a tu pregunta es afirmativa, pero resulta difícil de resumirla en conceptos comprensibles para vosotros; pensad en que en un hiperespacio de cuatro dimensiones pueden existir infinitos universos tridimensionales. Ahora nos encontramos en uno de ellos.

—Esto explica todo —exclamó Víctor sintiendo un escalofrío en la espina dorsal—. La modificación de las leyes físicas fundamentales, que nosotros habíamos atribuido a una anisotropía local, ¿acaso se debe a tránsitos entre distintos universos?

—Estás en lo cierto. Cada universo se rige de acuerdo con unas leyes que le son propias. Puesto que hay infinitos universos, también existirán infinitas variantes. Cualquier situación, hasta la teóricamente más absurda, tiene su propia razón de ser; basta con encontrarle el marco adecuado.

—Queda aún una duda en pie —interrumpió Sanders—. De tus palabras deduzco que deben de existir puntos de contacto entre los distintos universos; nuestra presencia aquí es una prueba de ello.

—Es preciso matizar esta afirmación. Los distintos universos coexisten, pero no interaccionan entre sí; de no ocurrir así se produciría una variación en sus respectivas leyes físicas que sería fatal para ambos. No se puede atravesar el límite con medios convencionales, tan sólo es posible hacerlo merced a perturbaciones intensas pero muy localizadas.

—Como un agujero negro.

ERÍDANO

SUPLEMENTO DE ALFA ERIDIANI

Nº 3



—En efecto. Un fenómeno de este tipo produce una gran distorsión en el espacio circundante, lo que puede provocar un contacto aleatorio y limitado entre dos universos distintos; aparece entonces un trasvase de energía e incluso de materia entre uno y otro.

—A esta conclusión ya habíamos llegado anteriormente —comentó Sanders—. Puede que fuera de una manera empírica, pero enfilamos deliberadamente la proa hacia un agujero negro. Que no lográramos nuestro objetivo de retornar a la Tierra es ya otro problema distinto.

—Pero por lo que sabemos ahora, las posibilidades de regresar son ínfimas, prácticamente inexistentes —respondió con pesimismo Parrish.

—Nada perdemos con intentarlo de nuevo; quizá la próxima vez seamos más afortunados —apuntó el capitán.

—Lamento tener que contradeciros —interrumpió el Inmortal rompiendo su momentáneo mutismo—. Por vuestros propios medios jamás conseguiríais alcanzar vuestro lugar de origen. Habéis de saber que existen unas leyes físicas propias del hiperespacio comunes para todos los universos que forman parte de él. Una de ellas puede ser definida como la ley de la entropía universal; su efecto se traduce en la posibilidad de efectuar un tránsito de un universo a otro pero no a la inversa, ya que no está permitido hacerlo al contrario.

—Un momento —intervino Víctor—. En cada uno de los tres saltos que efectuamos pudimos comprobar una importante modificación de las propiedades físicas; pero éstas sucedieron siempre de una manera uniforme. ¿Acaso...?

—De eso se trata. Cada universo posee como característica propia una relación específica entre las dos manifestaciones cósmicas, la materia y la energía. Vosotros procedéis de un lugar en el que la proporción se decanta claramente a favor de la primera; aun cuando sea imaginable cualquier otra combinación, a causa de la entropía cósmica necesariamente erais arrastrados a universos más energéticos, es decir, con la materia más degradada. Ahora nos encontramos en la última de todas las posibles etapas; en este lugar no existe más materia que la perteneciente a vuestra astronave. Representa, pues, el triunfo de la energía pura.

—De tus palabras deduzco que jamás podremos regresar a nuestro universo.

—La vida nunca es más excluyente de lo que desea que lo sea cada uno, puesto que siempre se rige por leyes estadísticas. Si eres tú el que impone el

ERÍDANO

SUPLEMENTO DE ALFA ERIDIANI

Nº 3



límite entre lo posible y lo imposible, tan sólo a ti te corresponde establecer la viabilidad de un acontecimiento determinado.

—Luego existe una posibilidad.

—*Nada es imposible; ni siquiera Dios.*

—Extraña afirmación procediendo de quien procede —apuntó vivamente O'Hara—. ¿Acaso no sois dioses?

—*Lo éramos, hasta que descubrimos que no ocupábamos la cúspide de la creación. Existe alguien por encima de nosotros, y esto nos basta para reconocer nuestro error.*

—Desde mi punto de vista esto no cambia en absoluto la situación —replicó Sanders—. Vuestra superioridad es manifiesta, y nada necesitáis hacer para que así se os reconozca.

—*Nunca lo comprenderíais. Hemos disfrutado de todo cuanto cualquier criatura podía ser capaz de desear, y por fin hemos comprendido que hasta la extinción puede llegar a ser no sólo necesaria, sino también deseable.*

—Es aleccionador —musitó Sanders— que estemos asistiendo al fin de una civilización.

—*No se debe a la casualidad; esta decisión fue adoptada hace ya mucho tiempo. Os esperábamos.*

—¿A nosotros?

—*A los miembros de una raza joven. Llegasteis vosotros; ¿qué importancia tienen ahora las circunstancias? No queremos que nuestro sacrificio sea estéril. Vosotros tenéis aún mucho camino por delante, y sabréis aprovechar la lección evitando cometer los errores que en nuestra soberbia cometimos nosotros.*

—¿Podremos regresar a la Tierra? —preguntó cauteloso Parrish.

—*Ya os dije que el cosmos no se rige por leyes absolutas. Existe una posibilidad, solamente una, de remontar la ruta del hiperespacio, aunque su coste es muy elevado; será necesaria toda la energía de un universo, de nuestro universo, para conseguirlo.*

—¡No! —exclamó horrorizado O'Hara—. No podemos consentirlo. Sería un sacrificio inútil que no nos merecemos.

ERÍDANO

SUPLEMENTO DE ALFA ERIDIANI

Nº 3



—*Está decidido.* —habló por última vez el portavoz de los Inmortales—
Tan sólo deseamos que guardéis nuestro recuerdo; no nos mueve a ello el orgullo, sino el deseo de que podáis evitar nuestros errores. Y ahora tenemos que despedirnos, ya que estamos ansiosos por llegar al final; no se trata de un adiós, sino de un hasta pronto.

Un torbellino pareció apoderarse de la inerme astronave una vez que el Inmortal enmudeciera definitivamente. Presa de una indefinible sensación de vértigo Víctor luchó con todas sus fuerzas por evitar que las brumas invadieran su cerebro, consiguiéndolo tan sólo temporalmente. Poco después perdería irremisiblemente la consciencia no sin que antes sus embotados sentidos le permitieran apreciar el trágico holocausto de luz desplegado ante sus ojos en forma de un inimaginable despliegue de matices en su mayor parte inescrutables. Se trataba del final libremente elegido por una civilización que había perdido su alma, pero no su conciencia.

* * *

La Ras Algethi navegaba de nuevo por un firmamento tachonado por las familiares constelaciones. Su proa enfilaba el rumbo que la conduciría hacia el cercano Sol, un brillante punto luminoso que galvanizaba los ánimos de todos sus ocupantes. De la experiencia vivida quedaba tan sólo un agridulce recuerdo que el tiempo se encargaría de tamizar; dentro de poco la rutina volvería a adueñarse de sus vidas y más de uno acabaría creyendo que se había tratado tan sólo de un extraño sueño. Pero a pesar de todo, Víctor sabía que ya nada podría ser igual; hasta el final de su vida no dejaría de preguntarse si el sacrificio de los Inmortales había merecido realmente la pena.

FIN